

A close-up photograph of an olive branch with several dark olives and green leaves. The background is softly blurred, showing more of the same foliage. The text is overlaid on the image.

HACIA LA MADUREZ ESPIRITUAL

Pr. Joaquín Yebra.

Madrid, Pascua de Resurrección, 2016.

COMUNIDAD CRISTIANA EBENEZER DE LA VILLA DE VALLECAS

El Camino hacia la Madurez Espiritual.

No habrá Madurez mientras no distingamos entre Religión y Espiritualidad.

El Camino hacia la Madurez es el Camino al Corazón.

El Crecimiento en Maduración Espiritual como Fruto de la Fertilidad de Dios.

El Crecimiento Espiritual por medio de la Amistad.

Contenido

EL CAMINO HACIA LA MADUREZ ESPIRITUAL.....	3
NO HABRÁ MADUREZ MIENTRAS NO DISTINGAMOS ENTE RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD.....	16
EL CAMINO HACIA LA MADUREZ ES EL CAMINO AL CORAZÓN.....	27
EL CRECIMIENTO EN MADURACIÓN ESPIRITUAL COMO FRUTO DE LA FERTILIDAD DE DIOS.....	33
EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL POR MEDIO DE LA AMISTAD.....	42

EL CAMINO HACIA LA MADUREZ ESPIRITUAL

1ª Epístola del Apóstol Pablo a los Corintios 3:1-23.

Introducción:

Creo que no hay otro asunto de mayor importancia para quienes formamos parte de la comunidad de fieles a Cristo Jesús.

La formación y el desarrollo espiritual, que sería otra manera de referirnos al tema que nos convoca, es un asunto que inquieta a bastantes hermanos, pastores, iglesias y familias denominacionales.

Se trata de uno de los asuntos que más necesitamos considerar con máxima seriedad, por cuanto la madurez es imprescindible para enfrentar todas las situaciones difíciles y complejas.

Ya no es suficiente conocer la doctrina general, ni los distintivos de la tradición cristiana a la que estemos adscritos, porque creo que gran número de cristianos hemos sido hechos conscientes por la bendita Persona del Espíritu Santo, que muchos hombres y mujeres, dentro y fuera de las comunidades cristianas, buscan algo más profundo y de mayor significado que nuestro denominacionalismo heredado.

En definitiva, algo que dé sentido a las vidas tan complicadas que nos ha correspondido vivir en nuestra sociedad actual, en un mundo que muestra por todas partes su envejecimiento y cansancio, un mundo caduco que, como lo calificaba el escritor *Miguel Delibes* (1920-2010), "agoniza".

- 1) ¿Hemos pensado alguna vez si somos maduros espiritualmente o si vamos en camino de esa madurez, incluso si anhelamos genuinamente llegar a serlo?

Jesús nos ha dicho en el Evangelio cuál es nuestro valor: Mateo 10:29-31 y Lucas 12:6-7.

En otras palabras, a Dios nosotros le preocupamos mucho más de lo que nosotros podemos imaginar.

Pero a nosotros nos desconcierta que pueda haber alguien así, a quien le preocupa cada uno de nosotros, alguien que tiene consciencia y conciencia de cada una de las cosas que somos y que hacemos, y que en virtud de esa consciencia, nos crea y nos ama.

Por eso es que a muchas personas se les hace inverosímil que la raíz del universo, lo que el teólogo *Paul Tillich* denominaba "*el fundamento del ser*", pueda tratarse de una persona con quien podemos relacionarnos de la misma manera con que podemos relacionarnos con otras personas, y una persona que se preocupa por nosotros.

También hay quienes esta idea les resulta enojosa, al sentirse incómodos por pensar que están siendo constantemente observados por un juez infinitamente inteligente.

La psicología moderna ha estudiado y llegado a la conclusión que esa molestia se debe a que percibirnos observados nos hace sentirnos humillados y avergonzados.

Pudiera ser que muchos optasen por el ateísmo a causa de esto mismo, porque no les gusta la incómoda sensación de sentirse continuamente vigilados.

Pero, ¿pretende verdaderamente Dios incomodar de esa manera a los seres humanos?

El tipo de "*dios*" que la mayoría adora es, naturalmente, un intento de imaginarse un ser humano absolutamente perfecto y superpoderoso.

Este es un intento muy pobre y muy descaradamente tribal, aunque nos llegue bajo las formas icónicas de "*El Capitán Marvel*", "*Superman*", "*El Capitán América*" y toda la cohorte de "*superhéroes*" de los medios de hoy.

Hagamos una pequeña reflexión como punto de partida: Nuestro Señor Jesucristo enseñó que si alguien peca contra nosotros, le hemos de perdonar.

"*¿Cuántas veces le hemos de perdonar?*", le preguntan sus discípulos, y Jesús responde que "*le hemos de perdonar noventa y nueve veces cada día*", un hebraísmo para decir que hemos de perdonar siempre a quien peque contra nosotros.

Pero si somos observadores nos percataremos de que Jesús no pide que para recibir el perdón sea menester arrastrarse por el suelo, llorar, clamar, rasgarse las vestiduras, cumplir penitencias, apretarnos cilicios, sino sencillamente reconocer la falta cometida contra el hermano e ir a él.

Si Dios no fuera como Jesús lo revela, si fuera un acosador con un palo en la mano, todos nos sentiríamos incómodos con sólo pensar en Él, por cuanto nos sentiríamos traspasados de lado a lado.

Nadie querría un compañero así para compartir la cena.

Cuando he abierto mi corazón para exponer lo que estoy compartiendo con vosotros hoy, no han faltado quienes me han considerado frívolo al describir una situación semejante, pero creo que es fácil cambiar de opinión al considerar la imagen pictórica de Dios que millones de personas llevan en su trastienda mental.

Aunque se trate de un teólogo o de un filósofo o de cualquier persona inclinada al pensamiento y la reflexión, aunque se trate de personas con gran sutileza, esa primitiva imagen plástica de "dios" ejercerá siempre una influencia muy poderosa sobre nuestros sentimientos religiosos, nuestra cosmovisión y sobre nosotros mismos.

Los teólogos modernos protestantes, e incluso algunos católicos díscolos, llevan algún tiempo hablando de lo que ellos denominan "*la muerte de Dios*", y, como resultado, la posibilidad de una religión "*arreligiosa*", es decir, un sistema religioso que no implique la creencia en un Dios personal.

¿En qué se convertiría el Evangelio de Jesucristo si se asumiera que la fe en Dios del propio Jesucristo era innecesaria y sin valor?

Y, sin embargo, no se trata de algo que pudiera llegar a suceder, que pudiera acontecer en el futuro, sino que se trata de una realidad que ya está presente en nuestro medio, materializándose en un "*cristianismo humanista*", de formas religiosas, pero distanciado abismalmente de la espiritualidad de nuestro Señor Jesucristo, y de los profetas del Antiguo Testamento que le precedieron.

Es en ese sentido en el que vamos a meditar en estos días, considerando la distancia que media entre la religión y la espiritualidad, y tratando de ver dónde nos encontramos nosotros, quienes profesamos la fe en Jesucristo.

2) Vamos a comenzar por hacernos algunas preguntas fundamentales:

¿En qué camino se expresa mejor mi humanidad?

¿Dónde puedo experimentar un encuentro más radical con Dios y tributarle toda mi adoración?

¿Dónde puedo convertirme realmente en un ser capaz de irradiar y crecer, junto con otros, en humanidad, en perdón, en capacidad de acoger a todos, para que nadie quede excluido de nuestra comunidad, de nuestro amor?

¿Creo que es posible la madurez en un recorrido individual o personal?

Y aquí conviene tener presente que lo individual en mí me separa de todos los demás, pero la persona que soy me conjuga con todos los otros, y me lleva a descubrirme en los demás.

No en vano, la voz "*persona*" nos ha llegado del griego "*prosopón*", el término que se refiere a la máscara empleada por los actores del teatro etrusco, dotada de un trompeta megafónica, que permitía a los mismos actores representar diversos papeles.

Todos hemos vistos estas máscaras como logotipo que simboliza las artes escénicas, en la forma del rictus facial de la comedia y de la tragedia.

Fueron los primeros cristianos de lengua griega quienes no dudaron en emplear esta voz para referirse al misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, denominándolos "*personas*".

En términos antropológicos, es en ese diálogo "*yo-tú*" donde se forma la identidad humana.

Es a partir del "*tú*" como descubrimos nuestro propio "*yo*".

Se trata de una experiencia fundamentalmente amorosa, en la que nos sentimos envueltos por la realidad divina, es decir, por el Santo Espíritu Consolador, quien mueve nuestra interioridad haciéndonos caer al suelo, como el Apóstol Pablo en su camino de Damasco, o de rodillas, como el Apóstol Pedro, o prorrumper en lágrimas, o ponernos a cantar alabanzas.

Y no se trata de un encuentro meramente intelectual, con un Dios que solamente tendría cabida en nuestra mente, es decir, que sólo sería nuestra idea de Dios, un "*dios*" del tamaño de nuestra cabeza, pero no el Dios Vivo.

Para responder a estas preguntas debemos comenzar por comprender primeramente qué es la madurez espiritual.

La definición de la madurez en sentido general es *el estado de algo que ha alcanzado su mejor momento en su proceso del desarrollo*.

Cuando hablamos del carácter de una persona, entendemos que *la madurez es el momento en que en el plano personal se alcanza un alto nivel de capacidad reflexiva y de prudencia*.

La psicología moderna se inclina por creer que no existe una edad cronológica que determine la madurez emocional.

Este tipo de madurez se detecta con actitudes concretas como *la capacidad de tener un pensamiento crítico, es decir, analítico; una conducta razonable, es decir, basada en la capacidad de raciocinio; aceptar también las críticas de los demás y brindarlas de manera adecuada*.

En definitiva, una persona madura acepta las consecuencias de sus actos.

Y el resultado de estas actitudes se traduce en tolerancia y falta de reacciones ilógicas.

También es evidente que la madurez puede ser parcial en algunos aspectos de la personalidad, y no en todos.

Y algo muy importante: Ninguno de nosotros podemos alardear de haber alcanzado la meta final en el desarrollo espiritual, sino que todos nosotros, sin excepción, estamos llamados por nuestro Señor a crecer en madurez espiritual todos los días de nuestra vida.

La ilustración de la fruta puede servirnos para aproximarnos al verdadero sentido de la madurez:

¿Cuándo decimos que una fruta está madura? Cuando alcanza su punto máximo de sabor y textura.

Antes de la madurez, la fruta está verde, después la fruta se pasa y su sabor en ambos casos ha dejado de ser agradable.

Apliquemos esta imagen a las personas e interpretemos el pasaje bíblico que hallamos en la 2ª Epístola del Apóstol Pablo a Timoteo 3:16-17.

El propósito de Dios nuestro Señor es hacer que el hombre sea "*perfecto*".

Ahora bien, el término "*perfecto*" aplicado al hombre no se refiere a la perfección divina, sino que de lo que el Apóstol Pablo está hablando es de alcanzar la madurez como el desarrollo de nuestras capacidades: 1ª Corintios 13:11.

- 3) Pretender ser maduros con la mentalidad de niños es un imposible, lo que nos conduce necesariamente a la necesidad de analizar nuestra mentalidad.

Aquí radica fundamentalmente el problema de la iglesia de los Corintios: 1ª Corintios 3:1-11.

Curiosamente, el Apóstol Pablo emplea un término específico para llamarlos "*niños*": Es la voz griega "*nepios*", cuyo significado literal es "*quien carece del poder del habla*", por lo que se aplica a un "*bebé*".

Todos sabemos que ser un "*bebé*" no es malo, pero cuando ese período de nuestra vida se prolonga demasiado, la situación se vuelve lamentable, y la falta de desarrollo es deplorable.

El problema de los cristianos de Corinto era que ya no eran recién nacidos en Cristo, sino que ya había pasado suficiente tiempo para que pudieran sostenerse sobre sus pies, es decir, ya deberían ser adultos.

¿Qué, pues, les había sucedido? Muy sencillo, ellos habían descuidado alimentarse a sí mismos: 1ª Corintios 3:2; Hebreos 5:11-14.

Se habían acomodado, y como consecuencia, se había paralizado su crecimiento.

De ahí que el Apóstol Pablo les denomine "*sarkikos*", es decir, "*carnales*", cuando ya deberían ser "*pneumatikos*", es decir, "*espirituales*".

No se habían desarrollado más allá de la primera etapa de su vida espiritual.

Si nuestra mentalidad es infantil, es evidente que precisamos un cambio, una transformación.

Esa transformación necesaria es lo que el Apóstol Pablo expresa diciendo que hemos de dejar de ser carnales para ser espirituales.

Y de esta manera, Pablo añade otra connotación a tener en cuenta: Nuestra carnalidad es el impedimento para el desarrollo espiritual, para alcanzar la madurez en la vida cristiana.

En el ámbito físico, la transformación se evidencia por los rasgos externos: Un niño tiene facciones de niño, y un adulto las tiene de adulto.

En cuanto a la personalidad, el cambio de la interioridad del hombre sigue las mismas pautas que en la transformación física.

Pero lo aparentemente paradójico es que Jesús condiciona nuestro acceso al Reino de los Cielos a cambiar y hacernos como niños: Evangelio según Mateo 18:1-5.

La aparente paradoja se diluye cuando comprendemos que "*ser niños*" no ha de ser perpetuar nuestra falta de crecimiento, sino que ha de ser en "*malicia*" en lo que debemos conservar nuestra "*niñez*": 1ª Corintios 14:20.

Cuando miramos los ojos de un niño, de una niña, lo primero que llama la atención es una mirada inocente, su deliciosa incapacidad para mentir, para refugiarse tras una máscara o para aparentar lo que no es.

En este sentido, una niña o un niño es exactamente igual al resto de la naturaleza: Un perro es un perro, una rosa es una rosa, una estrella es una estrella, y un niño o una niña son eso mismo, un niño o una niña.

¿Cuánto de la inocencia de nuestra infancia conservamos todavía?

¿Existe alguien hoy en cuya presencia podamos ser simple y llanamente nosotros mismos, tan indefensiblemente sinceros e inocentes como cuando éramos niños?

La manera más rápida para perder al niño que fuimos es nuestra pretensión de ser "*alguien*", por llegar a ser algo que nos suponga, no mera y pacífica autorrealización, sino glorificación y *agigantamiento* de nuestra propia imagen.

Perdemos la inocencia al escoger no ser nosotros mismos, sino destacar, *maquillarnos con importancia*, aunque no sea nada más que a nuestros propios ojos.

A esto hemos de añadir también la enseñanza a imitar a alguien, a convertirnos o convertir a otros en "*fotocopias*" de alguien.

De ese modo se extingue en los seres humanos la chispa de originalidad con que hemos venido al mundo.

Como dice el refrán inglés: "*I was born intelligent, but education ruined me*": "*Nací inteligente, pero la educación me arruinó.*"

Siguiendo ese patrón, nuestra singularidad queda sepultada bajo toneladas de miedo a ser ridiculizados o rechazados si en algún momento nos atrevemos a ser nosotros mismos, y nos negamos a aceptar mecánicamente las formas de los demás, y no sólo en la manera de vestir o de peinarnos, sino en algo mucho más hondo, como son nuestras emociones, actitudes y valores.

Es el precio que nos obligan a pagar si queremos optar por el "*pasaporte*" de la aceptación por parte de la sociedad o de la organización en que nos desenvolvamos.

Otra forma de destrucción de nuestra inocencia consiste en competir y compararse con los demás, con lo cual canjeamos nuestra ingenua sencillez por la ambición de ser igual a otros, o bien incluso superarlos, hasta llegar a extremos de la competencia neurótica.

Para madurar será siempre menester abandonar la carnalidad para crecer en la espiritualidad.

Y para esto es necesario considerar nuestra vida a la luz del conflicto cósmico entre el bien y el mal, entre los hijos de Dios y los hijos de las tinieblas, entre Jesucristo y Satanás, ¡Dios le reprenda!

Este es el conflicto que comenzó en los Cielos y nos ha alcanzado a nosotros, un conflicto sobre el cual Jesucristo es vencedor, y cuya victoria nos alcanza a nosotros si permanecemos en el Camino de Cristo.

En nuestro medio cristiano hallamos a muchos hermanos y hermanas, amados y respetados, que no son maduros espirituales, incluso algo mucho peor, que dan claras muestras de no anhelar llegar a serlo.

Aprobarían, incluso con buena nota, en un examen sobre sus conocimientos doctrinales, pero en la praxis de la vida dejarían mucho que desear, por cuanto mientras los efectos de la Palabra de Dios no superen los confines de la Escritura, seguirá siendo una Palabra estéril: Evangelio según Juan 6:63.

En esta primera sesión, como introducción a nuestro tema, vamos a comenzar por considerar algunos de los rasgos más destacados de la inmadurez espiritual.

- 4) Vamos a considerar las características que denotan la falta de madurez espiritual, o dicho con otras palabras: *Lo que no es madurez*.

Nuestra inmadurez se manifiesta cuando no nos interesa nuestro prójimo, sino que vivimos centrados en nosotros mismos, dejando que nuestro corazón se sature de egoísmo y avaricia: 2ª Timoteo 3:1-9.

Se denunciaban entre ellos ante los tribunales de los incrédulos porque se sentían defraudados: 1ª Corintios 6:1-11.

Se atiborraban de comida y bebían hasta emborracharse, mientras que sus hermanos empobrecidos pasaban hambre: 1ª Corintios 11:21.

Eran ignorantes en lo concerniente al uso de los dones espirituales: 1ª Corintios 12:4; 14:12.

Como manifestó el escritor y sociólogo inglés *John Riskin* (1819-1900), defensor del socialismo cristiano, de cuyo pensamiento se nutrió *Mahatma Ghandi* (1869-1948): "*Nada es bello si nace de la rivalidad; ni es noble si nace del orgullo.*"

La inmadurez espiritual produce que veamos las faltas de los demás, sin reparar en las nuestras, mientras que si miráramos a Jesucristo, y en Él nos viéramos a nosotros mismos, no tendríamos tiempo ni fuerzas para detenernos en los errores de los demás: Mateo 7:1-6.

La inmadurez espiritual no permite ayudar a los que han caído espiritualmente.

La inmadurez espiritual conduce a usar la Biblia para acusar siempre a los otros.

Cuando actuamos de esa manera, estamos renunciando a ayudar al crecimiento de los demás, convirtiéndonos de esa manera en piedras de tropiezo.

Ese es el significado de la voz griega "*skandalon*", que transliteramos al castellano por "*escándalo*", "*piedra de tropiezo*", y cuyo significado original era "*el gatillo o disparador de la trampa que sujeta la carnaza*".

Y no podemos olvidar que algunas de las palabras más fuertes de nuestro Señor Jesucristo fueron dirigidas precisamente a quienes son *piedra de tropiezo* para otros: [Evangelio según Mateo 18:6-9](#).

El inmaduro espiritual se siente profundamente ofendido cuando recibe corrección, por cuanto es incapaz de aceptar sus errores, procediendo siempre a la autojustificación, acusando a otros para quedar él a salvo de sus propias faltas, y de esa manera entrar en un deslizadero de falsa santificación.

El "*dios*" del inmaduro es su "*super-ego*", su "*super-yo*", que ni se perdona a sí mismo ni puede perdonar a otros.

Viendo estas características de la inmadurez espiritual podemos ver también nuestros defectos y pedir al Señor que mediante su Santo Espíritu podamos pulir esas partes de nuestro carácter que sabemos no agradan a Dios ni son beneficiosas para nuestra vida, ni para las vidas de quienes forman parte de nuestro entorno.

Podemos estar seguros de que si nos ponemos en las manos del Señor, es decir, en el campo de acción del Espíritu Santo Consolador, experimentaremos el fortalecimiento de nuestro nuevo corazón, o nueva naturaleza, recibida en el nuevo nacimiento de la regeneración, cuando entregamos nuestra vida en manos de Cristo.

Tengamos muy presente que un recién nacido en el Espíritu, un recién bautizado en las aguas, es como un bebé recién nacido, y que el deber de los adultos es ayudarlo para que comience a gatear y llegue un día a caminar con estabilidad.

Y para ello se requiere mucha paciencia, tolerancia y amor.

De ahí que el maduro espiritual se dedica a ayudar espiritualmente a los demás, enseña la sana doctrina que se desprende del testimonio de las Sagradas Escrituras traduciéndola en actos de la vida...

No es *piedra de tropiezo* para los demás, acepta sus fallos y abandona la tendencia de nuestra vieja naturaleza a la crítica y la condenación.

El maduro espiritual calla en una conversación innecesaria que solamente puede causar más discusión y dolorosa división en el cuerpo de Cristo.

Pero ahora, después de haber contemplado algunos de los aspectos negativos, es decir, de lo que no es madurez espiritual, vamos a considerar algunas áreas preocupantes, entre las que hallamos la baja participación en la oración y el estudio de la Biblia, la falta de testimonio activo del cristiano dentro y fuera de la iglesia local, y el servicio en la comunidad general de la que todos formamos parte.

Estas preocupaciones tienen relación con el índice de formación espiritual de las iglesias, es decir, *el proceso de llegar a ser discípulos maduros de Cristo*.

Dicho con otras palabras: *El proceso mediante el cual cultivemos nuestra relación personal y comunitaria con Dios*.

La necesidad de la formación espiritual como camino hacia la madurez no es algo nuevo, sino que pertenece al "alma" de todo verdadero movimiento evangélico.

Es decir, la formación de comunidades constituidas por hombres y mujeres nacidos de nuevo, de lo alto, de la simiente incorruptible del Espíritu Santo, cuyo propósito vital es reflejar el carácter de Jesucristo.

- 5) Cada día que transcurre resulta más evidente la distancia que media entre *saber acerca de Dios y conocer a Dios*.

Aquí nos encontramos con la realidad incuestionable de que es mucho más fácil comunicar hechos y datos que comunicar una experiencia.

Hemos de reconocer que en el ministerio de enseñanza de la mayoría de las iglesias se ha dado mucha más importancia a las doctrinas recogidas en la confesión de fe de las respectivas familias denominacionales que a la devoción cotidiana, la oración personal, la intercesión comunitaria, la lectura y estudio de las Sagradas Escrituras; *la promoción de las obras buenas que Dios ha puesto delante de nosotros para que caminemos por ellas*, y todo el potencial de los medios de gracia de que disponemos: Efesios 2:8-10.

Sin auténtica formación espiritual no puede darse el crecimiento hacia la madurez, sino que permaneceremos durante mucho tiempo –puede que durante toda la vida del cristiano– sin pasar de ser infantes espirituales, miembros de una comunidad de fe doctrinal, sin que se desarrolle jamás el potencial divino sembrado en nuestras vidas.

Ante esta realidad, cabe que nos preguntemos de qué habrá servido dejar el bautismo infantil para volver al bautismo bíblico de creyentes que confiesan su fe personal, si no llenamos ese hueco inmenso que se abre en todo corazón al recibir a Jesucristo como Señor y Salvador, sin llenarlo con la instrucción eficaz sobre cómo vivir a Cristo.

Formación doctrinal y formación espiritual no son sinónimos. Es más, algunos valientes que se atreven a expresar lo que sienten y piensan, afirman que en el medio evangélico de nuestros días no falta la llamada "alabanza", la instrucción de doctrinas expresadas en términos abstractos que poco dicen, pero se manifiesta una gran ausencia de espiritualidad.

Algunos estudiosos han llegado a afirmar que esa falta de espiritualidad es uno de los puntos más débiles del Protestantismo, aburguesado y distanciado

del Santo Espíritu de Dios por causa de su énfasis en lo meramente intelectual.

Es más, en muchos medios cristianos se desacredita la espiritualidad, presentándola como algo anacrónico, perteneciente al pasado más remoto del cristianismo.

Creemos que ese ha sido precisamente el camino de la substitución de la *cristiandad* por el *cristianismo*.

Y además nos atrevemos a proclamar, después de muchos años de estudio y reflexión, que nuestra falta de espiritualidad es el resultado, al menos en una gran medida, de la invasión del pragmatismo mercantilista importado en nuestro medio.

Ya son muchos los estudiosos del tema que hablan del fenómeno de la *americanización* del cristianismo de nuestros días, comparándolo con lo que significó la *romanización* del tercer siglo y siguientes, cuando la Roma de los césares se convirtió en la Roma de los papas.

La formación espiritual no tiene que ver con lo que uno hace, sino con las motivaciones y actitudes detrás de nuestras acciones.

Una persona que lee la Biblia cada día porque cree que se va a perder si no lo hace, tiene un bajo nivel de desarrollo espiritual.

Lo mismo que una persona que aporta sus diezmos y ofrendas porque espera recibir a cambio bendiciones de parte de Dios.

Tristemente, esas actitudes y motivaciones erróneas, en particular la segunda de las citadas, están siendo fomentadas hoy día en muchos círculos nominalmente cristianos, especialmente a través de los medios sociales de comunicación supuestamente evangélicos.

Creemos que uno de los grandes desafíos nos llega por el énfasis excesivo en el *hacer* en detrimento del *ser*, y particularmente en detrimento del ser en Cristo como la verdadera experiencia de formación y fundamento de la persona y de la propia iglesia.

Naturalmente, la formación espiritual hacia la madurez no es algo que puede suceder de la noche a la mañana.

La cultura en la que vivimos inmersos es tan profundamente invasiva que los modelos existentes son más persistentes y duraderos que los pequeños modelos que tenemos simplemente como resultado del tiempo que pasamos juntos como hermanos y discípulos del Señor.

Necesitamos, no sólo ofrecer cultos, sino mostrar a otros cómo vivir siguiendo el modelo de Jesucristo en el mundo real en el que nos desenvolvemos.

Podemos estar seguros de que estimulando y estimulándonos como hermanos a estudiar y orar más se producirá un desarrollo espiritual en la iglesia.

La formación espiritual hacia la madurez es la implementación de los principios espirituales en nuestra vida y en nuestras acciones.

La formación espiritual significa aprender cómo implementar las verdades espirituales que sabemos o que estamos aprendiendo en nuestra vida.

6) ¿Cómo se desarrolla el Concepto de Espiritualidad en dirección a la Madurez espiritual?

La "*espiritualidad*" ha sido descrita como "*el concepto de los caminos en los que los humanos buscan, hallan, celebran y aplican significado a sus vidas.*" (Hughes, Philip, "*Believe it or Not: Australian Spirituality and the Churches in the 90's*" (Kew, Australia: Christian Research Association, 1997).

En una sociedad como es la nuestra, cada día enfrentado mayor incertidumbre y mayor número de opciones, los humanos precisamos de más tiempo para reflexionar en los valores profundos que hacen que la vida merezca ser vivida, lo que conlleva cada día una mayor dificultad para determinar lo que verdaderamente significa la *espiritualidad*.

Ante la realidad del uso de los términos "*espiritual*" y "*espiritualidad*" para una gama tan amplia de experiencias, la dificultad naturalmente aumenta.

Hay quienes se refieren al acto del alumbramiento de una criatura como un experiencia espiritual.

Para otros, lo espiritual se circunscribe a la música o la poesía.

Y no podemos negar que en tales situaciones se da una experiencia espiritual.

La *espiritualidad* significa evidentemente cosas muy distintas para diversas personas, y llega a alcanzar significados muy vagos y ambiguos, hasta incluso perder todo sentido para otros muchos.

Podemos hacer hoy, aquí y ahora, una pequeña prueba personal pensando cada uno de nosotros lo que verdaderamente significa "*espiritualidad*" en nuestra vida.

Vamos a comprobar que no es fácil dar una definición coherente de lo que la *espiritualidad* significa para cada uno de nosotros.

Nos ayudará pensar en alguna persona que consideremos espiritual, al tener presente lo que de esa persona nos haga considerarla como tal.

Sería bueno que cada uno escribiéramos una frase corta que describiera lo que significa "*espiritualidad*" para nosotros.

Ahora, después de haber pensado lo que significa la *espiritualidad* para nuestra vida, vamos a ver cuántos de nosotros la hemos relacionado con lo que la Sagrada Escritura nos dice al respecto del fruto del Espíritu Santo en la Carta del Apóstol Pablo a los Gálatas 5:22-24.

La *verdadera espiritualidad* es una demostración de nuestra relación con Dios, con nuestra vida personal y con nuestra relación con los demás.

No puede haber una relación personal y cercana a Dios cuando ignoramos a la bendita Persona del Espíritu Santo.

Esa relación distante e impersonal nos deja en un estado de soledad, de orfandad: Juan 14:15-18.

Esa relación no es doctrinal, filosófica, teórica, sino personal, y podemos describirla en términos de relación amorosa, lo que comprende al corazón, la mente y el alma, es decir, todo nuestro ser.

Esa relación ubica a Dios en el centro de nuestra vida, y nos conduce a responder a su llamada, a andar en sus Mandamientos, que dejan de ser gravosos, para convertirse en delicias, por cuanto espiritualmente comprendemos que revelan el carácter divino, y andar en ellos agrada a Dios y es lo que más nos conviene a nosotros.

Esa relación produce una incidencia en nuestra vida, que no puede compararse a ningún otro impacto de cualesquiera naturaleza sea.

En la vivencia de esa relación somos hechos conscientes de que Dios está cambiando nuestra existencia, y lo hace motivándonos y capacitándonos para anhelar la vida de Cristo Jesús en nuestra propia existencia.

Así es como se reproduce la imagen de Cristo en nosotros, como un reflejo de su gloria: 2ª Corintios 3:18.

La *verdadera espiritualidad* es también relación con nuestra vida personal.

La vida devocional de cada uno de nosotros es una manifestación de nuestra relación con Dios.

Esa relación es la fuente que produce en los discípulos humildad, sinceridad, tolerancia, gentileza, compasión, integridad y cuidado por los demás.

La *verdadera espiritualidad* es un "libro abierto" que muestra lo que hay dentro de nuestro corazón.

Quien vive esta *verdadera espiritualidad* puede tratar de las cosas del Espíritu Santo con la naturalidad que no hará sentirse fuera de lugar a sus interlocutores.

Una atmósfera de paz rodea siempre a quienes viven esa relación con Dios, pues la paz de Dios impacta en todo cuanto acometen, y quienes se acercan a ellos sienten que se encuentran un poco más cerca del Señor.

No serán de los que adoptan un rostro especial cuando se dirigen a la celebración del culto, o cuando traspasan la puerta de la capilla, para pasados los ritos religiosos volver a la tristeza profunda del vacío espiritual.

Al mismo tiempo, quienes viven esa *verdadera espiritualidad* están dispuestos a reconocer sus errores.

La *verdadera espiritualidad* se manifiesta también en la relación con los demás.

La prioridad en la relación con Dios se muestra en actitudes y actos para con los demás.

Esa *espiritualidad* no permite que nos centremos en nosotros mismos.

Decía *Oscar Arnulfo Romero* (arzobispo salvadoreño, nacido en el año 1917, y asesinado en el 1980 por sicarios a sueldo de la gente "*decente de toda la vida*"), lo que sigue:

"La religión no consiste en mucho rezar; la religión consiste en la garantía de tener a mi Dios cerca de mí, porque les hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras; la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios... La manera como le mires: así estás mirando a Dios... Los méritos de cada hombre y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para con el necesitado y para el empobrecido." Hasta aquí la cita.

El crecimiento es necesario, pero no es suficiente, es decir, crecemos con el conocimiento, porque saber más acerca de Dios nuestro Señor nos permite crecer, y el conocimiento nos ayudará a saber más.

Pero recordemos que saber mucho no implica necesariamente madurez en nuestra vida.

La madurez comienza cuando nuestra mente, es decir, nuestra forma de pensar y sentir cambia de niños a adultos.

Pero tampoco termina aquí el ciclo, sino que la madurez debe desarrollarse bajo la dirección divina, los buenos consejos que recibamos de nuestros mentores, e incluso de los propios errores que cometemos.

Conclusión:

El Espíritu Santo nos moverá a sintonizar con los demás, sin caer en convertirnos en jueces de los otros.

El Santo Consolador despertará en nosotros una pasión por los otros que producirá un aumento de la conciencia social, una sensibilidad hacia los demás y sus necesidades.

El Santo Espíritu de Dios nuestro Señor siempre conduce al descubrimiento de que "*nosotros*" somos precisamente eso, "*nos-otros*".

Estamos convencidos de que la gran necesidad que tenemos como parte del Cuerpo de Jesucristo en esta tierra es alcanzar la madurez adecuada.

Con ella gestionaremos mejor todas las cosas, y Dios podrá usarnos y terminar la obra en nosotros.

Más que hacer cosas, se trata de dejar los celos, las iras, las contiendas y disensiones, y movernos en la fe, la esperanza y el amor.

La *verdadera espiritualidad* es el camino hacia la madurez. No hay otro camino.

NO HABRÁ MADUREZ MIENTRAS NO DISTINGAMOS ENTE RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD

Evangelio según Juan 6:63.

Introducción:

Creemos que es fundamental para nuestro crecimiento espiritual hacia la madurez distinguir entre religión y espiritualidad.

No se trata de separar, de descartar, sino de distinguir entre ambos caminos.

La religión está relacionada con la creencia en el derecho a la salvación eterna predicada por cualquiera de las tradiciones religiosas elevadas a sistemas institucionalizados.

Esto lleva a las religiones a penetrar en el ámbito de la metafísica, y para perdurar dentro de las culturas de los pueblos les lleva a revestirse de dogmas, ritos, liturgias y cosas semejantes a ellas, llegando incluso al uso de las armas para mantener su predominancia y hegemonía.

La espiritualidad no vive dentro de esas atmósferas religiosas, sino que está vinculada inseparablemente al ámbito del amor, la compasión, la paciencia, la tolerancia y la paz; la capacidad de perdonar, la alegría que tal capacidad genera, la responsabilidad y la armonía.

Quienes hemos estudiado y enseñado la historia de las religiones, y seguimos haciéndolo, desde el respeto y la imparcialidad, comprendido el cristianismo institucionalizado, pronto descubrimos que estas vivencias armónicas no se han dado ni suelen darse en los medios religiosos, por duro que pueda sonarnos.

La distinción entre religión y espiritualidad no puede pasar inadvertida excepto a quienes no pueden mirar fuera de las cuatro paredes de su tradición eclesiástica.

La inteligencia religiosa del hombre que permanece encerrado siempre y solo dentro de los límites inmóviles de la religión institucionalizada, acaba por estrecharse y convertirse en cruel.

El testimonio de la historia constata esta realidad incuestionablemente.

Dios tuvo que enviar a sus profetas a Israel y Judá, los "*neviim*", es decir, los "*llamados*", para combatir este estrechamiento tan afín a la condición humana.

El mensaje profético fue una luz resplandeciente que quemó montañas de complejos y culpas acumuladas durante todos los años de existencia cerrada del pueblo hebreo dentro de sus fronteras tribales, tanto físicas como mentales.

Por eso, precisamente por su mensaje liberador, los profetas fueron perseguidos por el poder establecido y por los hombres contaminados por la ideología de dicho poder.

- 1) Sin la distinción entre *religión* y *espiritualidad* no podremos avanzar hacia la madurez espiritual.

Cuando nuestro Señor Jesucristo comenzó a proclamar su mensaje de cercanía del Reino de Dios, la reacción del poder fue furibunda, y no pararon hasta procurar su destrucción.

Jesús no predicaba nuevos caminos, ni nuevas Escrituras, sino palabras auténticas, llamando *Padre al Padre, hombre al hombre, y hermano al hermano...*

Jesús proclamaba que es vanagloria tratar de acumular fuera de nosotros lo que es del corazón...

Que miremos dentro de nuestro ser a la luz suya, a cuyo resplandor despertamos llenos de vergüenza, dándonos cuenta de que estamos atrapados en redes falsas, trenzadas con la frágil materialidad de nuestros propios apegos.

¿Pero quién era aquel que venía a establecer el Reino de Dios?

Tenía que ser un rey que mostrara sus insignias reales, o un gran guerrero poderoso, vengativo y derramador de sangre, pues de lo contrario sería tenido por un farsante, un impostor, o un demente.

El propio maligno -¡Dios le reprenda!- procuró tentarlo, seducirle, fascinándole con la imagen de todos los reinos del mundo y su gloria, pues él es quien los administra agazapado detrás de los déspotas de todos los imperios.

En aquellos momentos, las banderas de las victorias romanas ondeaban al viento mostrando la gloria imperial, mientras el pueblo hebreo soñaba con su liberación.

Pero Jesús no vio el Reino de Dios en las riquezas, ni en los honores, ni en la magnificencia del gran imperio, sino en la pobreza despojada de todos los elementos superfluos.

Y ante todos proclamó sin vacilación que el Reino de Dios pertenecía a los sencillos, a los niños, a los humildes y a los empobrecidos.

En la parte más sublime de los *Vedas*, escritos entre los años 800 y 300 a.C., voz sánscrita que significa literalmente "ver", en el sentido de "adquirir conocimiento", y que conocemos por "*Upanishad*", cuyo significado es "*sentarse a los pies de un maestro para escuchar sus palabras*", los sabios anteriores al hinduismo escribieron que "*los mansos tienen derecho a poseer todas las cosas.*"

Este es un dato, entre muchos otros, que nos muestra el alcance de la mesianidad de Jesucristo, no sólo como Mesías prometido a Israel, sino como deseado de todas las naciones.

Jesús nos dice en el Sermón del Monte que *la bienaventuranza de los mansos, será recibir la tierra por heredad.*

Y nosotros nos preguntamos quién ha conocido a un terrateniente que se distinguiera por la mansedumbre.

Jesús está citando la segunda parte del [Salmo 37:10-11](#).

Jesús vio el Reino de Dios en una verdad interior, no basada en ningún elemento externo...

Un Reino en el que nadie puede apropiarse del honor de los deshonrados, ni nadie puede destruir las riquezas de los empobrecidos...

Un Reino en el que quien se humilla será ensalzado, y el que está desterrado en el último puesto, avanzará hasta el primero.

Jesús de Nazaret no ha dejado esta enseñanza sólo de palabra: El nombre del dirigente del imperio que tan fácilmente acabó con la vida de Jesús, está escrito solamente en una esquina del libro de la historia...

En cambio, el nombre del que murió crucificado como enemigo del imperio, como un despreciable salteador de caminos, como un peligroso enemigo del imperio, ése resucitó glorioso, ascendió a la Gloria del Padre, de donde había venido, y vive por el Espíritu Santo en los corazones de cuantos le hemos recibido como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

Jesús sigue diciendo que *los bienaventurados, es decir, los sumamente dichosos, son los pobres en espíritu, es decir, los empobrecidos y los que estemos dispuestos a renunciar a los brillos de los imperios.*

Jesús nos ha dicho que la grandeza del hombre no radica en la riqueza de los imperios ni de los emporios, ni en las cosas externas, sino en su Padre Dios, y Padre nuestro que está en los Cielos.

Por eso es que "*iglesia*", del griego "*ekklesia*", término formado por la preposición "*ek*", "*fuera*" y "*klesia*", del verbo "*kaleo*", "*llamar*", señala a "*los*

llamados a salir” de los imperios que serán destruidos por el advenimiento de la plenitud del Reino de Dios.

Abraham fue llamado a salir con los suyos de Ur, capital del imperio caldeo; Moisés fue llamado a salir con los suyos del imperio faraónico egipcio, y la llamada final de Dios a su pueblo remanente es igualmente a salir del último imperio designado bajo el nombre simbólico de “*Babilonia*”: Apocalipsis 14:6-12; 18:1-5.

Mientras tanto, las religiones construyen edificios teóricos, que son las doctrinas... Edificios prácticos, que son sus éticas y morales... Edificios simbólicos, que son sus liturgias y ritualismos... Y edificios físicos, que son sus templos y catedrales, construcciones suntuosas que reproducen en piedra, vidrieras y tesoros sus sumas teológicas.

Por medio de las artes plásticas y la música sacra, en matrimonio artístico-religioso, el *religionismo* –permitidme este neologismo para referirme a la religión organizada e institucionalizada- trata de elevar a los hombres hacia Dios.

Sin embargo, las Sagradas Escrituras afirman de manera contundente que los templos hechos por los hombres no pueden albergar a Dios: Hechos 7:48-50; Hechos 17:24-25.

Dios no habita en construcciones humanas, y en el Nuevo Testamento no hallamos una sola cita que nos hable de que los primeros cristianos hayan edificado un templo.

El único templo que se construyó en Israel fue hecho como una figura o semejanza al modelo que Dios le mostró a Moisés, siguiendo el patrón del Santuario Celestial.

Y el Señor se refirió siempre a ese templo como “*Casa de Oración*” y “*Casa de Santidad*”.

En su afán por construir “*templos*”, las religiones tratan de atrapar a sus seguidores en las redes de la idolatría.

Paradójicamente, suelen llamar “*fe*” a lo que simplemente es falta de apertura y confianza.

Tener “*fe*” es algo así como “*confiarse*” al agua, más bien que aferrarse a ella, porque si nos ponemos rígidos y tensos en el agua, indefectiblemente nos hundiremos.

Hay, pues, que relajarse, es decir, hacer lo más opuesto a aferrarse.

De ahí que quien es fanático religioso no puede ser persona de fe, por cuanto vive aferrado a un sistema.

El reformador *Martín Lutero* hizo eso precisamente respecto a la fe.

Una prueba tenemos al respecto en su conocido himno “*Ein fest Burg ist unser Gott*”, “*Un Castillo fuerte es nuestro Dios*”).

Quien vive la fe de Jesucristo no necesita un castillo, una fortaleza, porque no está a la defensiva, como tampoco lo estuvo Jesús de Nazaret.

Inconscientemente, en la propia disposición de muchas iglesias se muestra algo que se asemeja a una corte real, con el obispo, o comoquiera que lo denominemos, sentado al fondo, en su trono, y el personal de clerecía que le secunda, a su lado, como los guardias de la corte.

Frecuentemente, el frente de muchas iglesias del ámbito protestante se asemeja a un tribunal, en el que el ministro lleva una vestimenta negra como los jueces, hay bancos, púlpitos e incluso cubículos semejantes al moblaje tribunalicio.

Todo ese montaje manifiesta una *fe idolátrica* que poco tiene que ver con la fe de la que Jesucristo habla, desde el momento en que toda esa disposición no habla de confianza.

¿No estarán quienes propugnan semejante disposición proyectando sin percatarse de ello la imagen de un rey asustado como si fuese la Divinidad?

Veamos lo que nuestro Señor Jesucristo nos enseña acerca del verdadero templo de Dios: Evangelio según Juan 2:19-22.

El verdadero templo de Dios es el propio Jesucristo, a quien somos llamados a cercarnos si queremos entrar en el templo establecido por Dios Padre, y no a los contruidos por la mano del hombre.

Nos acercamos a Dios en el nombre de Cristo Jesús, quien ahora, como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, ministra a nuestro favor en el Santuario Celestial: Hebreos 5:7-10; 6:17-20; 8:1-6.

Las religiones pueden sustantivizarse y autonomizarse, articulando los poderes religiosos con otros poderes, en un juego nunca transparente ni confesable de intereses vergonzosos.

Todas las sectas afirman con orgullo que la verdad, abandonando a todos los demás, se ha refugiado en ellas.

Este orgullo, cuanto más olvida la dignidad de la verdad, tanto más hace que la superficialidad aflore.

Cuanto más se enorgullece el enriquecido de sus riquezas, más se envanece de lo que posee, y así empobrece el honor de la humanidad.

Pero cuando los religiosos hacen de la verdad un motivo de orgullo, cuando un cristiano se jacta de su religión, está expresando algo que no es verdadera religión, sino una parte de sí mismo.

De ahí que cuando el religioso se presenta como donante de la verdad, los hombres se sienten avergonzados al aceptar de sus manos la verdad como si fueran mendigos.

Sabemos que el orgullo genera orgullo. Y no se puede reprochar el orgullo que duda en aceptar el don del orgullo.

Hubo tiempos en nuestro Occidente cuando el poder religioso ejercía un dominio absoluto, poniendo y deponiendo reyes, promoviendo guerras devastadoras e imponiendo a monarcas despóticos comprometidos a la defensa de los intereses de la *Roma de los césares* transformada en la *Roma de los papas*.

Esos siglos de maridaje entre *el trono y el altar*, entre *la espada y la cruz*, fueron los más sangrientos y crueles de la historia.

La violencia religiosa realizada en nombre de Dios dio lugar a la quema de muchas mujeres acusadas de practicar la brujería, la tortura y muerte de miles de hombres y mujeres por parte del denominado "*Santo Oficio de la Inquisición*".

Muchos de estos desmanes vergonzosos perduran hasta nuestros días bajo la apariencia de formas más sofisticadas.

Pero al institucionalizarse en forma de poder, las religiones, como le ha ocurrido al cristianismo, se ven privadas de la fuente que las mantiene vivas: *La espiritualidad*.

En lugar de hombres espirituales, pasan a las manos de burócratas religiosos, y así fue como los dones del Espíritu Santo se convirtieron en sacramentos que pueden ser manipulados por la casta dominante.

En lugar de pastores mezclados con el pueblo, generan autoridades eclesiásticas, dando por resultado la jerarquización del episcopado.

En lugar de fieles creativos, procuran gestar siervos sumisos y obedientes.

Todo eso, naturalmente, no propicia la madurez de la fe, sino el infantilismo de la subordinación.

El resultado es la acomodación, la mediocridad, la ausencia, tratándose de nuestra cristiandad, del componente profético que caracterizó a las comunidades cristianas nacientes.

Con sus dogmas, ritos, morales y *moralinas*, las instituciones religiosas se convierten en un túmulo para el Dios Vivo.

2) No puede quedarnos duda al respecto: Jesús de Nazaret no fue un maestro de religión, sino de espiritualidad.

La relación entre Jesús y su Padre que está en los Cielos, y que nos enseña que también es Padre nuestro, fue, durante su tiempo en esta tierra, una relación Padre-Hijo en el sentido más hondo y absoluto.

Comoquiera que Jesús es nuestro Hermano Mayor, y quien comparte nuestra misma humanidad, su conciencia significa una puerta abierta para cada uno de nosotros hacia esa madurez espiritual que anhelamos.

Jesús nos ha abierto la puerta para tener su misma experiencia con Dios como Padre, y de capacitarnos para sentirnos hijos muy amados.

Esa es nuestra suprema dignidad: Ser miembros de la familia de Dios, llevar a Dios dentro de nosotros mismos, y ser así "*templo*" del Altísimo: Efesios 5:30; 1ª Corintios 3:16; 6:19-20.

Jesús, como Maestro de espiritualidad, y no de religión, no predicó la iglesia como institución, ni siquiera se predicó a sí mismo, ni las tradiciones de los antepasados, ni pretendió una reforma del judaísmo de sus días, ni del templo de Jerusalem y sus estructuras de poder.

Los Evangelios dan claro testimonio de que Jesús no caminó por los senderos de la religión establecida, sino más bien la ignoró totalmente, desenmascaró su hipocresía y sufrió en carne el odio de los religiosos: Evangelio según Mateo 23:1-12, 23.

Lo que Jesús proclamó fue la inminencia del Reino de Dios, del que dijo que ya estaba en nuestro medio de manera latente, hasta el Gran Día de Dios, con su Segundo Adviento, cuando se haría patente: Evangelio según Lucas 17:20-21.

Jesús reveló que el Reino de Dios no era la esperanza teocrática de los dirigentes hebreos, sino la presencia cósmica, comunitaria, social, personal e íntima de cada ser humano, por cuanto es dentro de cada persona donde se encuentra latente el Reino de Dios, y es a partir de cada ser humano desde donde el mismo Dios produce transformaciones.

Jesús revela que el Reino de Dios es la presencia transformadora del Dios que se ha acercado a nosotros, y ha venido a buscar lo que es suyo, para rescatarnos, purificarnos, y de ese modo, transfigurarnos a la imagen y semejanza de su Hijo Jesucristo.

Lo que se nos ofrece en Jesucristo es la transformación espiritual que conduce hacia la madurez que Dios tiene para nosotros, la esencia de espiritualidad que nace, crece y se desarrolla en el corazón de cada discípulo.

Para Jesús, esa transformación debe iniciarse por los últimos de los últimos, los empobrecidos y marginados, los ignorados y privados de dignidad por el poder, y también por quienes están dispuestos a renunciar a las prebendas que el poder ofrece: Evangelio según Lucas 6:20-26.

Jesús debió haber escuchado esto de labios de María de Nazaret, su bendita madre, generalmente ignorada en su dimensión profética: Evangelio según Lucas 1:50-53.

Jesús lo dejó todo para predicar por los caminos, aldeas y ciudades, entregándose a sanar enfermos, a consolar afligidos, a perdonar a pecadores, incluso a resucitar a muertos, es decir, a mostrar la cercanía del Reino de Dios en su persona...

Pero sobre todo a provocar en todos un encuentro íntimo y amoroso con Dios como *Abbá*, es decir, como el Padre tierno y compasivo, de amor ilimitado y de confianza absoluta.

La historia de la iglesia institucional demuestra que no hemos sabido transmitir esto al mundo.

3) Nuestra madurez no se halla en el camino religioso institucionalizado, sino en la espiritualidad de Jesús de Nazaret.

El edificio histórico de la cristiandad naciente tuvo por fundamento la espiritualidad de Cristo Jesús.

El Santo Espíritu de Dios dio a luz comunidades de hombres y mujeres libres que tomaron a la persona y obra de Jesucristo como referente de vida y de sentido.

No se fundaron iglesias institucionales centradas en sí mismas, sino comunidades anunciadoras del Reino de Dios, es decir, de lo que el propio Jesús había proclamado.

Esa fue la predicación de Jesús de Nazaret: El Reino de Dios y la transformación interior que nosotros conocemos como "conversión".

Una cosa es la fuente de agua cristalina, y otra muy distinta su canalización.

El caño por donde fluye el agua no es el agua, y así es como tristemente el cristianismo institucionalizado ha confundido el Reino de Dios con la iglesia.

De ese modo, se ha ido extendiendo la confusión de Jesús con los dirigentes religiosos, una patología degenerativa que produce que los medios se conviertan en fines.

Las organizaciones religiosas van cambiando su misión de anunciar el camino de salvación en presentarse como la propia salvación.

En función de su poder terrenal, llegan algunas a la pretensión de ocupar el lugar de Dios, exigiendo reverencia y obediencia bajo amenaza de excomunión.

Recordemos que lo que ilumina no es la lámpara sino la llama.

No seremos herederos de Jesús por el hecho de pertenecer a una institución autodefinida como cristiana y seguir sus normas y preceptos, sino tan sólo si tratamos constantemente de rehacer la experiencia de Jesús como hijos e hijas de Dios.

Cualquier otro camino no nos conducirá a la madurez espiritual.

Si sólo se trata de mera religiosidad que prometa salvación individual, se transmutará por miedo y mala conciencia en opio adormecedor, sin transformación interior, por cuanto esa transformación es fruto de la experiencia íntima con el Dios Vivo y los compromisos que de ese encuentro se derivan.

Por eso es sumamente sabio el Mandamiento de la Santa y Eterna Ley de Dios al advertirnos del peligro de *usar banalmente el Nombre de Dios*: Éxodo 20:7.

Tal vez sea éste el Mandamiento contra el que más pecamos dentro del ámbito religioso, especialmente en los círculos mediáticos de la llamada "radio y televisión cristiana" de nuestros días, con apenas alguna excepción.

En ellos se banaliza el Nombre de Dios, sin sentido de reverencia, como si nuestro Señor y la Biblia fueran monedas de curso legal, válidas para cualquier finalidad.

Se emplea el Nombre de Dios nuestro Señor a favor de los intereses de los hombres, no del propio Señor bendito, en flagrante contradicción con la naturaleza de lo sagrado y de lo espiritual.

- 4) Avanzamos hacia la madurez espiritual cuando dialogamos amorosamente con Dios, porque queremos conocerlo más.

El desarrollo espiritual es un auténtico proceso de enamoramiento.

Cuando nos enamoramos de una persona, todo lo suyo nos resulta interesante: dónde nació, cómo es su familia, quiénes son sus amigos, dónde estudió, qué cosas le gustan...

Cada detalle adquiere importancia y se vuelve experiencia de apertura al otro.

En esa experiencia nos descubrimos radicalmente humanos, es decir, capaces de amar.

Quien lee a los grandes místicos cristianos, como *Juan de la Cruz* (1542-1591), *Teresa de Jesús* (1515-1582) o el *Maestro Eckhart* (1260-1328), entre muchos otros, se encuentra con la experiencia de la *amorosidad*, voz que sorprendentemente no está registrada en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, pero sí en el *Diccionario* de nuestra *María Moliner*, cuyo sentido es el de "ser capaz de sentir amor".

Así puede escribir *Juan de la Cruz* estas palabras:

*"Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura."*

O como *Juan de la Cruz* canta, en sus "Canciones de Amor entre el Alma y Dios":

*"Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero."*

O como *Teresa de Jesús*, en sus "Aspiraciones de Vida Eterna", también conocidas como "Glosa de Santa Teresa":

*"Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazón le di
Puso en él este letrero:
Que muero porque no muero."*

Nos atrevemos a incluir a *Antonio Machado* (1875-1939) entre los místicos, cuando canta:

*"Érase de un marinero
Que hizo un jardín junto al mar
Y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor
Y el marinero se fue
Por esos mares de Dios.*

Todos ellos nos revelan algo de suma importancia para cuanto confesamos necesitar crecer en madurez espiritual, y es que por más que se conozca y se ame a la persona, nunca se puede descubrir del todo su misterio.

Toda persona amada se vela y se desvela, se da y se retrae, por eso es un encuentro en el imperan la solicitud y la devoción, y en el que es menester respetar los límites para que no cometamos el error de procurar gestos que oscurezcan la experiencia del encuentro.

Aquí radica la necesidad del silencio en la oración, cuando las palabras faltan, o cuando son innecesarias.

Comoquiera que todo en el Universo está umbilicalmente ligado a Dios, es necesariamente a partir de Dios como podemos encontrarlo todo.

Dios se refleja en el Universo, "*uni-verso*", "*hacia uno*", para penetrar en el corazón de todas las cosas.

En el Universo cada cosa se encuentra en Dios, no en el sentido panteísta que confunde lo creado con el Creador, sino como la realidad de que ambos, el Dios Creador y las criaturas nos interpretamos y nos hacemos mutuamente presentes el Uno al otro.

En nuestro avance hacia la madurez descubrimos que no existe distancia entre Dios y nosotros, cuando vivimos la "*amorosidad*".

Estamos en Él como el aire que respiramos, y vienen a nuestro recuerdo las palabras del Apóstol Pablo en el areópago de Atenas: Hechos 17:24-28.

Eso es lo que el teólogo y paleontólogo *Teilhard de Chardin* (1881-1955) denominaba "*le milieu divin*", "*el medio divino*".

Con esa expresión lo que quería manifestar es que *estamos dentro del Eterno*, lo que implica que la tarea de la fe consiste en descubrir que la Creación es el "*gran sacramento de Dios*", lo que nos conduce a entender a Cristo Jesús como "*parábola divina*".

Para el pueblo hebreo esto ha sido contemplado en la voz "*ha-makom*", cuyo significado literal es "*el lugar*", y que hallamos en el libro del Éxodo 33:21.

Esto fue explicado por los sabios antiguos de Israel en el *Midrash* como que "*Dios es el lugar del mundo; pero el mundo no es su lugar.*" (*Shemot Rabá* 45).

Ese descubrimiento de la conjunción y la conjugación de Dios con todo lo creado se muestra también en *Francisco de Asís* (1181-1226), a quien a mi me gusta recordar llamándole "*Paco el Buena Gente*".

Francisco de Asís vivía emocionalmente en su mística cósmica esa espiritualidad *de Dios en todo y de todo en Dios*, y por eso hablaba del "*hermano sol*", la "*hermana luna*", el "*hermano fuego*", el "*hermano lobo*" e incluso la "*hermana muerte*".

Como decía *Pascal* (1623-1662), "*creer en Dios no es pensar a Dios; creer en Dios es sentir a Dios.*"

Conclusión:

Si convertimos la experiencia con Dios en doctrina, se volverá una doctrina más, pero si la transformamos en conmoción del corazón, entonces avanzaremos en nuestro camino hacia la madurez espiritual.

Nuestro desafío consiste en descubrir cómo pasar de la cabeza, donde almacenamos nuestras doctrinas sobre Dios, al corazón, donde se encuentra la realidad viva de Dios.

En ese desafío no estamos solos. Podemos contar con la presencia amorosa del Santo Espíritu del Padre y del Hijo.

EL CAMINO HACIA LA MADUREZ ES EL CAMINO AL CORAZÓN

Deuteronomio 6:4-9.

Mateo 22:34-40.

Introducción:

Hemos terminado nuestra meditación anterior recordando que nuestro desafío consiste en descubrir como pasar de la cabeza al corazón.

En nuestra cabeza caben todas las doctrinas acerca de Dios, pero en el corazón es donde radica la realidad viva de Dios, y donde Dios quiere morar, donde Dios quiere levantar su templo.

En su Primera Carta Universal, el Apóstol Juan lo explica magistralmente: 1ª Juan 1:1-4.

Se trata de una experiencia absolutamente concreta: *oír, ver, contemplar, y palpar*, eso es lo que *os anunciamos*.

Dios es tan inefable que no se puede explicar, pues se trata del misterio absoluto.

Al olvidarnos de esto, formamos inmediatamente un ídolo de conceptos.

Dios se manifiesta en la vida, y ésta, si la metemos en conceptos, nos resulta tan misteriosa como Dios.

Sólo podemos conocer la vida viviendo, y a Dios sólo llegamos viviendo y conociéndonos.

Juan de Yepes Álvarez (1542-1591) a quien conocemos mejor como Juan de la Cruz, se pregunta: "¿Qué hacemos nosotros al hablar de Dios?"

Él intuye la imposibilidad de encerrar a Dios en palabras y sólo lo expresa en poesía; sólo con analogías que en nada se parecen a Él.

Tomás de Aquino (1224-1274) dice: "Todo el intelecto humano es incapaz de describir la esencia de una hormiga... ¡Cuánto menos la esencia de Dios!"

No podemos explicar la presencia divina dentro de la terrible ausencia de amor en los campos de exterminio o en las salas de tortura de los regímenes absolutistas, o en los campos de refugiados.

No podemos elucidar este misterio, pero podemos estar seguros de que nada de esto pasa inadvertido a Dios.

Lo más que podemos hacer es asumir las palabras de *Tomás de Aquino (1224-1274)*, en su *"Tratado sobre el Mal"*, donde dice:

"No entendemos el mal, pero creemos que Dios es tan poderoso que del mal puede sacar el bien, porque, si así no fuera, Dios no sería todopoderoso."

1) ¿Qué es el "corazón"?

A menos que se refiera literalmente a la *"víscera cardiaca"*, el *"corazón"* en las Sagradas Escrituras tiene un sentido muy diferente al poético que ocupa el pensamiento occidental.

En las Bienaventuranzas de nuestro Señor Jesucristo hallamos la que dice:

"Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." (Mateo 5:8).

El camino hacia la madurez espiritual es un camino de purificación, un camino de armonización, un camino de santidad, sin la cual Dios no puede ser visto: Hebreos 12:14.

En el arameo, la lengua cotidiana de Jesús, el *"corazón"* es *"lebbá"*, correspondiente al hebreo *"lev"*, cuyo significado original es *"núcleo"* y *"semilla"*, lo que crípticamente es *"el significado oculto"*, *"la esencia de una cosa"*, y lo contrario de la *"cáscara"*, es decir, lo superficial.

En resumen, el *"corazón"* es el centro de donde sacamos nuestra fuerza y nuestro ánimo.

Es el término que nuestro Señor Jesucristo emplea cuando dice que *va a estar enterrado tres días en el corazón de la tierra*: Evangelio según Mateo 12:40.

En el Evangelio según Lucas 4:18 Jesús lee un pasaje tomado del libro del profeta Isaías 61:1-2, en el que dice así:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor."

La voz aramea para *"quebrantado"*, *"quebrado"*, *"roto"* es *"twir"*, y con ese sentido se empleaba en el arameo hablado en Galilea.

Pero en el arameo de los "targumim", es decir, las traducciones de las Sagradas Escrituras del hebreo al arameo para la comprensión del pueblo, tenía el sentido de "roto" como "afligido" y "derrotado".

Para comprender mejor el sentido de la expresión "corazones quebrantados" también debemos tener presente que para el pensamiento semita el "corazón" es la sede de la comprensión por encima del sentimiento, por lo que todas las operaciones que nosotros los occidentales atribuimos a la mente, el semita las adjudicaba al "corazón": Evangelio según Mateo 13:15; Evangelio según Lucas 2:19; 5:22.

Aunque en el fondo, comprender sea amar, y amar sea comprender, el "corazón" para el pensamiento semita no es aquello con lo que se ama, sino con lo que se ve la realidad.

Por eso es fundamental que el instrumento con que vemos haya de estar limpio:

Evangelio según Mateo 5:8; 5:29 (griego: "Gehenna", "lugar de los finados", por cuanto "infierno" es voz inexistente en el Nuevo Testamento, ya que es la transliteración del latín "infernus", "lugar mitológico en el mundo inferior", y el latín, como todos sabemos, no es lengua bíblica).

Evangelio según Mateo 6:22-23 ("ojo" en singular, "glándula pineal"?).

Evangelio según Lucas 6:41-42; Evangelio según Mateo 13:15; 20:33.

2) La madurez espiritual es nuestra manera de referirnos a la visión de Dios.

La mística del amor a Dios como respuesta a su amor hacia los humanos, es lo que ha predominado en los albores de la cristiandad, heredera de la mística hebrea.

De ahí que la máxima aspiración de los hebreos fuera contemplar el "rostro de Dios".

Entre los hebreos, tener esa experiencia ya en vida llegó a institucionalizarse en la práctica de los iluminados que siguieron la corriente de la "merkabá" (entre los siglos II y VII d.C.), voz que suele traducirse por "carroza", que presenta la raíz consonántica "rosh", "caf" y "bet", cuyo sentido es el de "dirigir a un animal o una carroza".

Hallamos esta voz en las Sagradas Escrituras en el libro del profeta Ezequiel 1:26, en la visión que Dios le concede a su siervo, en la que aparece esta "carroza-trono" del Señor, visión que siempre fue considerada por los sabios hebreos como el mayor y principal pasaje místico de las Sagradas Escrituras, y cuyo estudio dio lugar a múltiples desacuerdos.

Pero el anhelo de la ascensión celeste a los atrios divinos existía desde los orígenes de la espiritualidad hebrea, y fueron muchos los profetas de Israel a quienes se les concedió el don de vivenciarlo antes de morir, e incluso de no pasar por la muerte, sino ser arrebatados hasta el trono de la gracia: Génesis 28:10-22; 2º Reyes 2:11-15.

Este anhelo se desprende también de las palabras del Salmista David, cuando en el Salmo 17:15 muestra su seguridad en la resurrección a la semejanza del Señor.

El anhelo de contemplar a Dios se desprende también de las palabras del Apóstol Felipe registradas en el Evangelio según Juan 14:1-11.

La Bienaventuranza de *los limpios de corazón que verán a Dios*, es el único pasaje evangélico en que se nos da a vislumbrar cómo concebía nuestro Señor Jesucristo el final del proceso de la transformación del ser humano por y para el Dios Eterno.

La cristiandad naciente se mantuvo fiel a esta experiencia. Así, cuando el Apóstol Pablo abre su corazón para mostrar sus experiencias más profundas, nos dice lo que sigue en su Segunda Carta a los Corintios 12:1-4.

Hoy resulta muy extraño oír hablar en los círculos cristianos del anhelo de ver el rostro de Dios.

La invasión de la secularización nos ha vuelto vergonzosos respecto a las enseñanzas más hondas de la Palabra de Dios.

El legalismo por una parte, frente a la legalidad, y el misticismo, frente a la mística, por otra, nos han hecho olvidar la vigencia de la Santa Ley de Dios, el Decálogo, que Jesús declara no haber venido a abrogar sino a cumplir, y la vivencia de la mística, del misterio divino, sin lo cual la madurez espiritual queda en el olvido, bajo la cubierta de la gracia barata, la que convierte a la Gracia de Dios en libertinaje: Judas 3-4.

Así es como la verdadera espiritualidad es substituida y reemplazada por lo que algunos hemos dado en denominar el "iglesianismo", una *eclesiastización* de la fe cristiana, proceso mediante el cual la "cristiandad" se transforma en "cristianismo" –un "ismo" más, entre tantos otros "ismos"– y el cristiano experimenta el borrado de su "cristidad", que es desplazada por su adscripción a una determinada "confesionalidad".

3) La belleza del rostro de Dios es infinitamente más que un recurso poético.

Leemos en el Salmo 17:15: "*En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.*"

Nos recuerdan estas palabras las del Patriarca Job en 19:25-27.

De una particular belleza son las palabras que hallamos en la noción de "*luz del rostro de Dios*" en el Salmo 4:6-7.

Igualmente, encontramos esa noción de la luz divina en los Salmos 89:15-18, y en el Salmo 44:3.

La contemplación del rostro de Dios es una visión de luz que ilumina el camino de la santidad, de la madurez espiritual, y los rostros de quienes miran.

También nuestro bendito Salvador concluye la parábola de la cizaña aludiendo al resplandor de los redimidos en el Reino del Padre: Mateo 13:43.

Y en el libro del profeta Daniel, hallamos también esa alusión en sus últimas palabras: Daniel 12:3.

¿Quiénes son esos "entendidos", denominados en el hebreo original "Ha-Maskilim"?

Son los que llevan a cuestas la "parábola", el "mashal", y la usan como instrumento del Nombre Divino, "Ha-Shem".

Son los que conocen el "cuándo", es decir, la "circunstancia" de las palabras, para pacificar, para completar, para llevar "Shalom" a sus prójimos.

La invasión de la filosofía griega en la cristiandad, transformándola en *cristianismo*, es la causante de que la expresión "contemplar el rostro de Dios", haya perdido vigencia en la mayoría de los círculos cristianos, hasta producir vergüenza y sonrojo en quienes pretenden armonizar la fe y aparecer ante el mundo como "adaptados al sistema", "adecuados al tiempo en que vivimos", como "políticamente correctos", en un "aggiornamento" o "puesta al día" que generalmente conduce a *llamar a lo bueno malo, y a lo malo bueno*, al verse abocados a nadar entre varias aguas, olvidando que en el seguimiento de Jesucristo *nadie puede servir a dos señores*.

Nuestro anhelo de crecer en madurez espiritual es obra del Santo Espíritu de Dios en nuestras vidas.

De ahí que la Sagrada Escritura nos muestra una *identificación de la oscuridad con la injusticia del mundo sometido a las artimañas del maligno*.

La luz ilumina en la oscuridad, y es un hecho glorioso que constata la revelación divina.

No se nos dice que *la luz deba iluminar*, sino que *de hecho la ilumina*.

Por eso es que la "luz de Dios" alumbra, no *deslumbra*.

Lo que tiene lugar en la oscuridad es menos que humo, no es nada, una "nada eterna", por cuanto no ha sido sembrada la Palabra de Dios en ella.

La injusticia no construye el mundo de lo real porque la oscuridad no entiende a la luz.

Y debemos asumir gustosamente que solamente la luz es fértil.

Cuando leemos en el Evangelio según Juan 1:1-5, 9-13, y muy especialmente que "en Él estaba la vida...", no podemos por más que sospechar que si la Palabra, el Verbo de Dios, muriera, si hubiera muerto, o si pudiera morir, no habría redención para nadie, pues la existencia desaparecería.

El Apóstol Pablo se expresa con claridad en su Primera Epístola a los Corintios 15:13-18.

Las palabras de nuestro Señor Jesucristo a este respecto son muy claras y contundentes: Evangelio según Juan 3:19-21; 12:35-36.

En el prólogo del Evangelio según Juan, el Evangelista nos ha dicho que *"todas las cosas fueron hechas por el Verbo, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho"* (Juan 1:3).

Por lo tanto, no hay existencia fuera de la Palabra Divina.

La espiritualidad ha de nacer por la Palabra de Dios en cada uno de nosotros.

Cuanto más seamos nosotros mismos, más espirituales seremos.

Cuanto más comprendamos la naturaleza humana, tanto menos inclinados nos sentiremos a juzgar a los demás.

Dios y la espiritualidad deben ser encontrados en la vida.

Lo que verdaderamente importa es responder a Dios con el corazón, con la vida.

Conclusión:

Y esa vida, la única vida, se transforma en luz para los hombres.

Cómo la luz llegó a ser vida para los humanos, forma parte del misterio de Dios y de Cristo.

Lo que sí podemos entender es que, en consecuencia, la muerte se convirtió para la humanidad en oscuridad: Evangelio según Juan 1:5.

"No prevalecieron contra ella", podría traducirse por *"las tinieblas no pudieron contra la luz"*, o *"no pudieron detenerla"*, *"las tinieblas no pudieron apoderarse de la luz"*, *"no pudieron apagarla"*, puesto que todos esos verbos son significados por el griego *"katélaben"*.

Es la victoria de la luz de lo que el Evangelista Juan está dando testimonio.

La victoria de la luz comienza por hacernos despertar y descubrir, finalmente, quiénes somos en realidad.

Esa luz es la que arranca las impurezas del corazón.

Y en esa luz veremos la luz de Dios, a la que somos llamados a crecer y desarrollarnos en el Espíritu Santo, mientras menguamos en la carne:

Salmo 36:9: *"Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz."*

EL CRECIMIENTO EN MADURACIÓN ESPIRITUAL COMO FRUTO DE LA FERTILIDAD DE DIOS

Evangelio según Mateo 5:43-48.

Introducción:

La fuerza que salía de Jesús, su virtud, procedía de todo su ser, sin diferenciar entre lo corporal, lo espiritual, lo emocional o lo mental.

Así sanaba a todos cuantos se acercaban a Él, sin diferenciar tampoco si eran enfermos de cuerpo, del alma (griego "*psyje*", es decir, de la "*mente*") o del espíritu.

Su poder sanador se aleja tanto de lo que nosotros solemos entender por "*poder*", que más valdría darle otro nombre.

¡Qué distinta habría sido la historia de la iglesia cristiana si tan sólo hubiera sido tenido en cuenta este hecho!

En el universo semita, esa capacidad de sanar lo enfermo y fertilizar lo marchito, de dar vitalidad a lo caduco y reavivar lo agonizante, se manifiesta verbalmente en el vocablo hebreo "*berajá*".

Esa es la voz hebrea que se esconde tras el griego en que nos llega el Evangelio según Mateo 5:44, donde "*berajá*" se convierte en "*eulogeite*", "*bendecid*", del verbo "*eulogéo*", "*hablar bien*", en una equivalencia que se queda muy corta respecto a su sentido semita original.

La raíz del término "*berajá*" aparece en todas las lenguas semíticas, voz cuyo antecedente más remoto se halla en el ugarítico, donde su significado primario es el de "*dar energía vital*", "*revitalizar*", "*robustecer*".

El ugarítico es una lengua semítica, hoy día extinta, que se hablaba en Ugarit, la actual Siria, a partir del año 2000 a.C. Su importancia se debe a su relación con la Biblia, ya que muchos de los textos encontrados en el año 1928, gran

cantidad de tablillas cuneiformes, han ayudado a comprender mejor el Antiguo Testamento.

Hallamos a Dios nuestro Creador dando también su "berajá" a los animales: Génesis 1:22; Deuteronomio 7:12-13.

- 1) "Dar la 'berajá' a quien te maldice, te aborrece o te persigue" no es amarlo en un sentido sentimental o masoquista, sino "sanarlo".

Esa labor de sanidad, de curación, de recuperación, es camino de crecimiento hacia la madurez espiritual.

Efectivamente, la "berajá" es un modo de curación de los que están enfermos o poseídos, de protección para todos cuantos la reciban, y en el último análisis, también de transmisión de virtud.

La "berajá" es un concepto trascendental en la cosmovisión semita, y por esa misma razón, es la forma concreta en que Jesús de Nazaret entiende la realidad.

Amar a un enemigo, bendecirle, orar por él, es algo que puede realizarse desde lejos, pero la plenitud de la "berajá" no puede transmitirse sin un contacto físico, sin el roce de las manos, sin el roce del cuerpo, sin la cercanía del otro.

De ahí que Jesús abrace a los niños, toque a los enfermos, haga barro con el polvo del suelo y su saliva y lo ponga sobre los ojos del ciego, y llegue incluso a tocar al leproso, con lo cual nos muestra que su compasión y misericordia van más allá de la ley, por cuanto para Jesús es mucho más importante el hombre en su necesidad, que el cumplimiento del rito.

La "berajá" es un efluvio real de vida que proporciona fecundidad, y que nos penetra cuando nos acercamos al ser que la posee.

En el castellano ha quedado una huella de la "berajá" en la voz "alberca", que designa un depósito o estanque de agua en medio del campo, y que nos llega de la raíz semítica, tanto hebrea como árabe, "al-birka", por cuanto en el pensamiento semita la "berajá" señala al agua, la lluvia, los manantiales, los ríos y los lagos, con que Dios bendice a la tierra para que ésta produzca los árboles y las plantas, símbolos de la fecundidad y la abundancia, tanto espiritual como física.

Con razón dijeron los sabios antiguos que el hombre sabio busca el pozo antes de sentir sed, y cuando recurre a extraer agua del pozo, sabe que los primeros cubos sacarán agua turbia, y que tomará tiempo hasta que el agua salga cristalina.

El claro testimonio de los relatos evangélicos muestra que el significado del poder divino de nuestro Señor Jesucristo culmina siempre en la sanación de los hombres y mujeres que entran en contacto con Él, sus hermanos menores: Evangélio según Lucas 6:17-19.

La "berajá", la bendición más allá de lo comprensible y explicable, emanaba de la presencia de Dios en Jesús, de su encarnación, a lo que Jesús no podía sustraerse: Evangélio según Lucas 8:43-46; Lucas 5:17.

Hay en los Evangelios muchos relatos de enfermos e impedidos que se acercan a Jesús en busca de ayuda, pero también hallamos relatos de enfermos que sencillamente se encuentran delante de Jesús, y a quienes nuestro Señor sana tomando la iniciativa.

Dos relatos que nos ayudan a entender esto son el de la mujer encorvada que se encuentra presente en la sinagoga en la que Jesús enseña: Evangelio según Lucas 13:10-17, y el del hombre hidrópico, en Lucas 14:1-5.

Debido a su encorvamiento, la mujer no puede levantar su cara para ver a los demás.

Puede escuchar a Jesús, pero no puede levantar su rostro para verle; no puede mantener contacto visual con Él.

El primer paso de la curación consiste en la mirada que Jesús dirige a esta mujer, que está prisionera de sí misma.

El segundo paso radica en que Jesús la ve, la llama y se dirige directamente a ella.

El término griego utilizado por el Evangelista Lucas es "*prosphonein*", que literalmente significa "*hablar a alguien a la altura de los ojos.*"

Jesús no trata de convencer a esta mujer para que crea en una determinada doctrina; no trata de adoctrinarla, ni le dice qué es lo que debe hacer.

El tercer paso en el proceso de sanación consiste en la imposición de las manos de Jesús como señal de la transmisión de su fuerza, de su cercanía, de su misericordia, de su identificación con ella.

Jesús toca a la mujer para que ella se ponga en contacto consigo misma y recupere su fuerza y su dignidad.

El cuarto paso es el anuncio y la confirmación de su restauración, de su liberación y salvación, de su fortaleza y vigor, de su salud e integridad.

Estos cuatro pasos facultan a esta mujer para enderezarse y alabar a Dios.

Jesús ve, mira, habla, toca y proclama la restauración.

Jesús no endereza a esta mujer, sino que es ella quien se endereza a sí misma, recuperando su dignidad.

Lo mismo acontece en la casa del gobernante fariseo donde Jesús ha sido invitado a comer.

Esta escena, como la primera, acontece en un Día de Reposo, en un Sábado, día en que Jesús realiza la mayoría de sus sanidades.

El Evangelista Lucas nos dice que no se trataba de una invitación cordial, de cariño, sino que los comensales eran escribas y fariseos que acechaban a Jesús, movidos por la curiosidad que suscitaba entre ellos la persona y las acciones del Maestro.

Jesús se encuentra allí con un hombre hidrópico, y lo primero que hace es dirigirse a los escribas y fariseos presentes para formularles una pregunta respecto a si era lícito sanar en el día Sábado.

Los doctores de la Ley de Dios y los fariseos presentes, callaron.

Y sin medir más palabras, Jesús tomándole de la mano, sanó a aquel hombre y lo despidió en paz.

El griego original para "sanar" es en esta ocasión el término "iásato", cuyo significado es "sanar", "curar", con el matiz de "devolver la integridad".

Conviene aquí recordar que Lucas era médico de profesión, y de ahí que destaque el hecho de que Jesús es el Médico Divino que restablece al ser humano de acuerdo con la semejanza de Dios, a cuya imagen hemos sido formados.

Otra clave para comprender el alcance de esta acción de Jesús radica en el término "apolyó", el mismo que hallamos en el relato de la mujer encorvada, y cuyo significado es "liberar", "soltar", "despedir en paz".

Curar al hombre es liberarlo, soltarlo de los lazos de opresión, de la enfermedad, de las cadenas de los demonios, para que pueda progresar espiritualmente hacia la madurez.

La sanidad en el sentido más holístico es la clave para entender la experiencia de Jesús.

Es el término que reconcilia la palabra de Jesús con la vida.

Por eso nos resulta evidente, cuando despojamos a nuestra lectura de la Biblia de la influencia que la eclesiastiza, que Jesús vino a bendecir, a traer sanación y salvación.

2) Dios permite nuestro crecimiento espiritual sobre la condición de que lo empleemos en producir fertilidad en otros.

Nuestro propio cultivo para nosotros mismos no es sino una forma de egoísmo cubierto de *espiritualismo*, pero no de auténtica *espiritualidad*.

Lo que Jesús nos encarga es que *hagamos*, no que *creamos de manera pasiva*, como infortunadamente nos ha condicionado el pensamiento filosófico griego que nos trajeron los romanos y la iglesia romanizada...

Que fabriquemos un mundo que haga del desierto producido por el pecado, un gigantesco oasis, no para construir en él nuestro "palacio de marfil", sino para dar cobijo y protección a los marginados.

Por eso nuestro Señor nos invita a actuar en lugar simplemente creer pasivamente, y nos convierte en sus lugartenientes: Evangelio según Marcos 13:34-37.

De ahí que podamos actuar en nombre del Señor, es decir, en su lugar.

No puedo evitar que a mi mente venga de nuevo el recuerdo de ese breve poema del insigne andaluz *Antonio Machado*, que tituló "Parábola", que

seguramente habremos oído todos en la voz de *Joan Manuel Serrat*, y que me voy a permitir volver a citar:

*"Érase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor
Y el marinero se fue
Por esos mares de Dios.*

El "*marinero-jardinero*" es el Señor que nos ha dejado el encargo de cuidar el jardín, mientras Él sigue obrando por "*esos mares de Dios*".

Si anhelamos crecer en madurez espiritual hemos de esforzarnos, perseverar en el hacer el bien, evitando de ese modo engordar sedentariamente hasta cubrir de sebo nuestro corazón y nuestros riñones.

Recordemos que, como dijeron lo sabios antiguos, *es más fácil de doblar el cuerpo que la voluntad*.

Si nuestro corazón se cubre de grasa, no podremos palpitar al unísono con el que entregó su corazón por nosotros.

Si no quitamos las piedras del camino que lo hacen impracticable, con seguridad que esas piedras se acabarán convirtiendo en nuestros ídolos.

La única forma de llegar a la "*fuentes*", es nadando contra corriente, y cuanto más hondo sea el río, menos ruido hará su corriente.

Para que nuestro camino culmine en la meta a la que debe llegar, hace falta realizar el esfuerzo de la voluntad sometida a nuestro Señor, no la simple pasividad del esclavo que es doblegado contra su corazón y su naturaleza.

El hebreo "*ebed*", "*siervo*", como el arameo "*abdá*", es el que obra, el que actúa, el que trabaja en servicio a Dios, siendo fértil a favor de sus hermanos.

De esa misma raíz nos llega la voz hebrea "*abodá*", que traducimos por "*culto a Dios*", y cuya raíz en las lenguas semíticas tiene el sentido de "*pala*", el instrumento con el que hacemos el esfuerzo de sacar la tierra, y por extensión analógica, también se usaba para abrir y preparar un camino, allanando el terreno.

El "*ebed*", el "*siervo*", es el que está ejerciendo un trabajo sobre sí mismo, es decir, creciendo en la madurez espiritual, preparándose, "*allanándose*" para su Señor y Sustentador.

En esta capacidad de acción radica el contenido secreto de la existencia del ser humano para Dios.

Cada acto en la vida del discípulo de Jesús de Nazaret es una señal de haber sido aceptado por el Maestro, y una celebración de lo por venir: Hebreos 11:13-14.

Tú y yo somos la oportunidad que Dios se da en ti y en mí de sacar realidades de la nada aparente, si tú y yo queremos: Isaías 43:16.

Pero nuestra libertad no nos constituye en "creadores" al margen de Dios, sino que nos brinda la oportunidad de ser "creadores desde Dios".

Dijo un sabio de la antigüedad: *"Alguien me contó cómo se hacía, pero se me olvidó... Vi con mis propios ojos cómo se hacía, y lo comprendí... Lo hice por mí mismo, y aprendí cómo hacerlo."*

3) La madurez espiritual que anhelamos, porque Dios la quiere para sus hijos e hijas, tiene su raíz en la fuente de todo.

La espiritualidad está relacionada con la experiencia, no con doctrinas expresadas en abstracciones, ni con dogmas, ni con ritos, ni con celebraciones litúrgicas.

En todas esas cosas puede estar presente la espiritualidad, pero no necesariamente, por cuanto frecuentemente son sólo caminos institucionales que pueden servir de ayuda a nuestra espiritualidad, pero que no la constituyen, pues son posteriores a la espiritualidad.

Todas esas cosas nacieron de la espiritualidad, y pueden servir de estímulo a ella, pero no son la espiritualidad que nos permite crecer en madurez.

Los sabios antiguos de Israel dijeron que todas esas cosas son "agua estancada, no la fuente de agua cristalina".

Es magnífico cuando la religión logra encauzar la experiencia espiritual y nos conduce a beber de la fuente.

Esas formas religiosas, cuando sirven a tal fin, conservan su funcionalidad original, sin manipular los sentimientos humanos ni aterrorizar las conciencias, ni atrapar a los fieles en la trampa de los dogmas que han de ser repetidos sin cambiar ni una "coma" de su lugar.

Recordemos que los hombres sabios tienen voluntad, mientras que los necios sólo tienen deseos.

Eso acontece cuando creemos que nuestras tradiciones son la suprema realidad, y así llegamos a una condición en la que constatamos que el seguimiento de doctrinas, ritos y preceptos morales no sirve para cambiar un solo corazón.

Reconocemos que no es fácil mantener la dialéctica entre espiritualidad y religión.

Nuestro crecimiento espiritual sólo es posible cuando aceptamos que la experiencia de lo sagrado no va a producir maduración como el mundo la entiende, sino como Dios la anhela para sus hijos e hijas.

Recordemos la manera en que Dios acepta el enfrentamiento con su siervo Job, invitándole a dialogar con Él: Job 38:4-19, 31-33.

Job va sintiéndose cada vez más pequeño, y así se muestra lo que es verdaderamente "madurar" a los ojos de Dios.

Job se siente derribado, llega a estar a la intemperie, y a pesar de ser un temeroso de Dios, llega a estar peligrosamente muy cerca de la blasfemia.

Finalmente, Job se rinde y deja de hacer caso a los discursos religiosos que le han conducido a dudar y litigar interminablemente.

Ahora tiene una experiencia espiritual que le convence de haber sido un temeroso de Dios, en definitiva, de haber sido un religioso.

Esa experiencia de Dios todo lo reconcilia cuando comprende que cuanto constituye la vida es la gratuidad, lo que significa que no debe ser vivida desde la óptica mercantilista de la retribución.

Amar a Dios de balde, de gracia, es amarle como Él primeramente nos ama.

Y entonces es cuando Job pronuncia admirablemente las palabras registradas en Job 42:1-6.

El texto del libro de Job se vuelve claro y beneficioso para nuestro crecimiento espiritual cuando comprendemos que *todos somos Job*.

Estamos bastante hartos de teologías y discursos –comprendido el mío en este momento- hablando y hablando *sobre Dios*.

Queremos encuentros con personas que hablen *a partir de Dios* para librarnos de interminables discursos, y así poder refugiarnos en Dios mismo.

Pero seamos precavidos, pues nadie se desvía más del camino que quienes alardean de conocerlo.

Querer madurar espiritualmente es haber comprendido que Dios quiere que seamos personas "seminales", para que actuemos como simiente que alimenta nuestro suelo, que despierta en otros la dimensión espiritual, esa dimensión de profundidad que trasciende nuestros intereses inmediatos...

Una dimensión que va más allá de la competición a que nos obliga nuestra sociedad capitalista, enmascarada bajo los eufemismos de "neoliberalismo", "libertad de mercado" y otras zarandajas para eludir nuestra responsabilidad de un mundo que agoniza en la agonía de los cuarenta mil niños que, según las Naciones Unidas, mueren cada día por causa de la hambruna.

4) Nuestro crecimiento espiritual pasa necesariamente por el desarrollo de la contemplación.

Los que procedemos del interior del país, nos quedamos extasiados ante la contemplación de la mar.

Ante la visión del océano y el fantástico oleaje, no vemos solamente la mar, sino su majestuosidad y grandiosidad.

Cuando estamos en lo alto de una montaña, vemos más allá de las rocas y el valle a nuestros pies.

Las rocas, la mar oceánica, las olas, las nubes, el viento, todo encierra un mensaje, todo nos habla, y si no hemos perdido la sensibilidad, podremos escuchar.

Cuando nos inclinamos ante una criatura recién nacida, nos llenamos de ternura, nos sentimos deslumbrados por el misterio de la vida y el brillo de los ojos de ese pequeño vellón de carne.

Cuando nos encontramos con una persona cuya sabiduría no tiene nada que ver con la cultura académica, sentimos respeto y veneración hacia ella, y no queremos perdernos ni una sola de sus palabras, porque sentimos que no proceden de un libro que estudiar y sobre el que rendir un examen.

Desarrollar nuestra espiritualidad significa, pues, desarrollar nuestra capacidad de contemplación, de la escucha atenta de los mensajes y valores que impregnan el mundo.

¿Qué quieren decirme las voces de las cosas?

Podemos creer o dejar de creer, pero no podemos despreciar ni un amanecer, ni una puesta del sol, ni la contemplación de un cielo estrellado en una noche de verano, ni la perfección de un cristal de nieve, ni la maravilla de una simple gota de agua de lluvia que se desliza sobre el cristal de nuestra ventana...

Y al formularnos esas preguntas se revela que somos seres espirituales, incitados por Dios al desarrollo de nuestra dimensión espiritual para integrarla en nuestro vivir.

Muchas de nuestras angustias y dolencias, incluso físicas, son una consecuencia de nuestra dimensión espiritual no suficientemente desarrollada, anémica, deformada o totalmente reprimida.

Existe dentro de nosotros una "*llama sagrada*" que ha sido ahogada quizás por las cenizas del consumismo, del ansia por los bienes materiales, por el afán por el lucro y la dominación, por una vida indiferente a las cosas realmente esenciales...

Por "*amar las cosas*", y "*querer a las personas*", en lugar de "*amar a las personas*" por haber descubierto que las "*cosas*" más importantes de la vida no son "*cosas*", sino "*personas*".

Urge que retiremos esas cenizas y nos expongamos al soplo del Espíritu Santo para que nuestros rescoldos sean avivados.

A partir de la experiencia espiritual no encontramos solamente cosas y hechos, sino que comienza a existir para nosotros la irradiación de todas las cosas y el sentido que proviene de los acontecimientos.

Cuando atravesamos una crisis solemos cometer el error de buscar la salida.

Para los cínicos, será el momento de decir: "*Si la crisis tiene solución, ¿por qué te preocupas? Y si no tiene solución, ¿por qué te preocupas?*"

Así no se producirá jamás el crecimiento espiritual, la maduración.

No basta con acudir a un terapeuta, ni con tomar antidepresivos y dormir más horas...

Es preciso tener el coraje de *formularnos preguntas sobre el significado de lo que nos acontece...*

¿Qué quiere mostrarme lo sucedido, qué camino, qué realidad quiere hacerme ver?

¿Cuál es el sentido profundo que esta realidad tiene para mí?

¿De qué me purifica esta crisis? ¿En qué me hace crecer?

¿Qué se esconde detrás de las estrellas?

En momentos así es fundamental la espiritualidad que nos permita ver el carácter efímero de las cosas, el desgaste del tiempo, y saber que no estamos vivos únicamente porque aún no estamos muertos, sino porque la vida es la gran oportunidad para crecer...

Para aceptar nuestros cansancios, nuestras limitaciones, nuestro envejecimiento y nuestra mortalidad.

Sólo así maduraremos en otro tipo de vida, en el *hoy*, en el *aquí* y en el *ahora*.

Sólo así podremos construir una vida interior, espiritual, inasequible al desgaste y a la muerte.

Así llegamos a sentir la verdad que se encierra en las palabras de los sabios antiguos que afirmaron que *el camino no es una autopista, sino como un pájaro que vuela en el cielo sin dejar huella tras de sí*.

Conclusión:

Gracias a esta obra silenciosa del Santo Espíritu de Dios, quien trabaja en nosotros la verdadera espiritualidad, nos preparamos para el gran encuentro con nuestro Señor, el Dios de infinita bondad y misericordia, Creador de todas las cosas y fuente de nuestro ser...

El que vendrá a buscar a su iglesia remanente fiel en el gran día de la regeneración, a resucitar a los que en Él durmieron, y transformar a los fieles vivos para ser arrebatados a su encuentro en el aire, para ser trasladados a la Casa del Padre, donde Jesús prepara lugar para nosotros.

Lo importante, pues, es prepararnos para sumergirnos de lleno en la realidad suprema, en el Dios vivo y acogedor.

Esa preparación es el desarrollo espiritual que nos convierte en simiente fértil en el sembrado de Dios.

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL POR MEDIO DE LA AMISTAD

Juan 15:13-17.

Introducción:

La amistad es uno de los valores más apreciados por todos los seres humanos.

La literatura de todos los tiempos ha prodigado sus mejores páginas a la amistad.

La amistad es un valor común a todos los seres humanos, de todos los credos y etnias.

Pero como el amor, la amistad también se ha prostituido en el curso de los siglos.

También es cierto que muchos cristianos se sienten incapacitados para compartir su testimonio del Evangelio por la sencilla razón de carecer de amigos.

Creemos que la amistad es también camino excelso para el desarrollo espiritual, para la maduración del discípulo de Jesucristo.

Y conviene tener siempre presente que los amigos se conocen en las malas épocas.

1) Dios siempre tuvo amigos.

Desde el principio de las Sagradas Escrituras descubrimos en Dios su amistad con los hombres: Génesis 2:18.

El "paseo" de Dios en el huerto, "al aire del día", hebraísmo que significa "a la caída de la tarde", cuando sopla una tenue brisa refrescante, fue

interrumpido por el pecado de desobediencia de nuestros primeros padre: Génesis 3:8-10.

A lo largo de las páginas de la Biblia vamos encontrado amigos de Dios, como Enoc.

¿Qué hizo Enoc para ser considerado "*amigo del Señor*"? Génesis 5:24; Hebreos 11:5.

Y Dios le concedió a Enoc ver y profetizar sobre la Segunda Venida de Cristo y el juicio venidero: Judas 14-16.

Abraham también fue conocido por "*amigo de Dios*" y "*padre de la fe*"...

¿Y qué hizo Abraham para ser considerado "*amigo de Dios*"? Romanos 4:3.

Al llegar a las páginas del Nuevo Testamento hallamos a Lázaro, María y Marta, amigos íntimos de nuestro Señor Jesucristo, en cuya casa, en Betania, al otro lado del Monte de los Olivos, Jesús podía hallar reposo después de haber estado todo el día enseñando en el entorno del Templo de Jerusalem.

¡Y qué decir de María Magdalena, a quien tanto costó comprender el verdadero propósito de Jesús de Nazaret, y cómo se rasgó su corazón al tener que desprenderse de Él!

A todos los discípulos se dirige nuestro Señor llamándolos "*amigos*".

Sólo a Judas le niega el Señor el apelativo de amigo, llamándole en el original "*hetarios*", "*compañero*", en lugar de llamarle "*philos*", "*amigo*".

La amistad es mucho más honda y vital que el compañerismo.

Podemos ser compañeros de trabajo, de fatigas, de viaje, de estudios, de diversiones e incluso de ministerio cristiano, pero el compañerismo no necesariamente toca las raíces del alma, no se abre a la amistad...

El mero compañerismo es hierba de un día, es relación superficial.

Por eso puede terminar con un *beso traidor*, como en el caso de Judas.

La verdadera amistad supone un pacto de fidelidad, una capacidad para dar sin esperar respuesta.

Por eso es que la amistad es camino de desarrollo espiritual y de crecimiento hacia la madurez.

La amistad no se rompe ante la adversidad, no conoce la traición, es siempre fresca como la hierba recién nacida...

La amistad fue el primer regalo que el Dios Creador ofreció al hombre.

La amistad será siempre la primera palabra del poema divino que se nos presenta cada día cuando brota la mañana, hasta que estallen los nuevos cielos y la nueva tierra.

La amistad nace del espíritu y de la carne, por eso tiene sabor a Jesucristo, aroma a encarnación, fragancia inconfundible.

2) ¿Cómo nace la amistad?

La amistad nace en el lugar más dispar y opuesto a las apariencias, al no tener nada, y obrar como si se tuviera... estar vacío, y mostrarse lleno... ser pequeño, y presentarse como grande...

En una de las historias de amistad más conmovedoras de todos los tiempos, la del joven Jonatán, hijo de Saúl, con el joven David, hallamos uno de los mejores ejemplos de la verdadera amistad como camino de crecimiento espiritual: 1º Samuel 18:1-4.

El alma de Jonatán se estrechó al alma de David, como la yedra al árbol, como el musgo a la pared.

Y en ese abrazo, Jonatán se encontró así mismo, por cuanto la amistad genuina nos ofrece siempre un espejo en el que hallarnos a nosotros mismos en el otro.

Es el encuentro con el otro el que nos descubre y nos revela a nosotros mismos.

Por eso Jonatán se desprendió de todas sus pertenencias y se las entregó a su amigo David.

Pero, naturalmente, no sólo nació la amistad, sino también la prueba.

Saúl, padre de Jonatán, determinó matar a David, y se lo comunicó a su hijo.

Aquí vemos que el amor de la amistad se impuso sobre el amor a la sangre, y Jonatán comunicó el secreto a su amigo David, prometió ayudarlo, y lo hizo: 1º Samuel 19:4-7.

Pero Saúl pronto olvidó su promesa y volvió a la carga, sin decirle esta vez nada a su hijo Jonatán.

David le explica a Jonatán porqué su padre ya no se fía de él: 1º Samuel 20:3-4.

Saúl se encoleriza contra su hijo Jonatán y contra David: 1º Samuel 20:30.

En la defensa de su amigo, Jonatán comprendió que su padre Saúl estaba determinado en matar a David: 1º Samuel 20:32-33.

Corre la historia, y un día mueren juntos Saúl y su hijo Jonatán, y David llora la muerte de su amigo con los acentos más íntimos: 2º Samuel 1:26.

Aquí hemos de recordar las palabras de Proverbios 17:17; 18:24.

3) David llega a poner el amor de la amistad por encima del amor entre hombre y mujer.

Así lo expresa David en 2º Samuel 1:26.

Esto sólo es posible porque el amor en la amistad contiene una dimensión que toca directamente el espíritu, sin la contaminación de la carne.

En el mundo de hoy corremos el peligro de sentirnos más solos que nunca.

Al mismo tiempo que aumentan los medios de comunicación, esa comunicación se vuelve más espesa cada día.

Sirve, sin duda, para transmitir "datos", "información", pero la "comunicación" es mucho más que eso, es "latido" y "aliento", y la electrónica no puede substituir al alma humana.

La soledad más cruel, más fría, amarga y desoladora, es aquella en la que el hombre se pregunta a sí mismo si el amor es una realidad o sólo un mito, si Dios es alguien o sólo una teoría.

Es la soledad la que bloquea pesadamente el acceso a la esperanza.

Y frente a esa soledad existencial, motivada en gran manera por los condicionamientos de la vida actual, el camino de la fe, el camino del crecimiento espiritual, de la madurez, tiene que pasar necesariamente por la amistad.

Necesitamos sentir, palpar, a nuestro prójimo para no sentirnos solos.

Necesitamos descubrir a nuestro prójimo como tal, es decir, como "próximo", como "cercano", como "alguien" en quien pueda apoyarme y con quien pueda ofrecer mi porción de fe, de duda y de esperanza, y no sólo como una sombra, aunque sea digitalizada en alta definición.

La prueba de que el hombre necesita encontrar a Dios a través del hombre radica en la propia encarnación del Verbo: Juan 1:1, 14.

Urge descubrir al hombre como amigo, como un segundo "yo" en quien podamos afirmarnos, apoyarnos, encontrarnos, descubrirnos, realizarnos y contemplarnos.

Aquí adquieren especial realismo las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio según Mateo 18:20.

La realidad divina se hace presente cuando dos o tres seres humanos se encuentran mirándose a los ojos sin odio, sin temor, sin herirse, sin humillarse, sin sentirse extraños, sin tener que vencer uno sobre el otro para sentirse bien.

4) Poner nuestros ojos en los ojos de los demás es entrar en el camino del desarrollo espiritual.

No me refiero a idolatrar a las personas, ni a practicar el *deporte* tan extendido de dedicarnos a buscar las faltas en los demás para tratar baldíamente de ocultar las nuestras.

Me refiero a descubrirnos en los demás, en los otros, en la presencia misteriosa de Dios en el "otro yo" que es el "tú".

Hoy existen soledades atroces dentro del matrimonio, entre padres e hijos, entre hermanos, entre compañeros, entre vecinos, entre los cristianos y entre los propios ministros del Evangelio.

Hay una gran falta de amigos, de amigos verdaderos.

Si queremos recibir cartas, tenemos que empezar por escribirlas nosotros.

Del mismo modo, hemos de ser amigos si anhelamos tener amigos.

Fue muy acertado el nombre adoptado por los seguidores de *George Fox* (1624-1691), llamados despectivamente "*Quakers*", por sus burladores, del verbo inglés "*quake*", "*temblar*", por "*temblar ante la presencia del Santo Espíritu de Dios*", y que en castellano conocemos por "*cuáqueros*"; pero quienes adoptaron la denominación formal de "*Sociedad de Amigos*".

Y es que, efectivamente, somos llamados "*amigos*" por nuestro Señor Jesucristo, y somos llamados a vivir en estrecha amistad con Dios y con los hermanos...

Una iglesia que no se esfuerza por ser una *sociedad de amigos*, sólo será un círculo religioso que levantará un túmulo al Dios viviente.

Por eso es que el Señor bendito nos convoca a una santa amistad en la que hemos de vivir en temor y temblor, si queremos crecer espiritualmente y desarrollarnos en la gracia de Dios y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

De ahí que tanto se hable ya en muchos círculos de la necesidad de la amistad entre los esposos, la amistad entre los padres y los hijos, la amistad entre los hermanos...

Y esto es mucho más profundo de lo que puede parecer a simple vista:

¿"*Amigos*", dos que deben ser *una misma carne*?

¿"*Amigos*", quienes *han nacido de un mismo vientre*?

¿"*Amigos*", quienes hemos sido lavados por la misma sangre del *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*?

"*Amigos*", quienes *hemos sido llamados y comisionados por el Señor bendito a cuidar de su rebaño*?

Sí, "*amigos*", porque la amistad verdadera es una categoría distinta de relación humana y divina a la vez.

La amistad tiene algo realmente misterioso que empuja a la confianza y al abandono más completo de temores y desconfianzas.

Y sólo en ese clima, en ese entorno, puede darse el desarrollo espiritual y la madurez cristiana.

5) Nuestro Señor Jesucristo liga la amistad a la comunicación de los secretos.

"*Ya no os llamaré 'siervos', sino 'amigos'.*"

¿Por qué? Porque al amigo es a quien se le confían los secretos.

Ni aun en la relación más íntima, la de los esposos, puede faltar la dimensión de la amistad.

En el "*Cantar de los Cantares*", "*Shir Ha-Shirim*", el *Cantar por excelencia, por antonomasia*, que los comentaristas judíos interpretaron como *el amor de Dios a su pueblo*, y los cristianos como *el amor de Jesucristo por su Iglesia*, los esposos se llaman varias veces "*amigos*" en el original hebreo.

La amistad entre los hermanos en la comunidad de fe tiene que pasar de ser la relación de meros correligionarios a convertirse en amistad fecunda...

Sólo entonces seremos capaces de crear espacios de aceptación y de acogida, espacios de espiritualidad, donde se produzca una descentralización de nosotros mismos...

Donde brote la fe activa que experimenta la pasión por las almas perdidas, abandonadas, marginadas, despreciadas, empobrecidas, explotadas, solitarias...

Pero también "*almas enriquecidas*", corazones llenos del mundo y de sus glorias, y por tanto, de grandes necesidades espirituales.

Si lo que llamamos "*amor*" no nos lleva más allá de nosotros mismos, entonces no se tratará del "*amor*" del que Dios habla, del "*amor*" con que nos ha amado y nos ama.

Para ahondar en nuestro conocimiento del alcance del amor verdadero sólo tenemos que pensar en una rosa: ¿Puede acaso decir la flor: "*Voy a ofrecer mi fragancia a las personas bondadosas, y negársela a los impíos?*"

¿O puede el sol negar sus rayos a los perversos y sólo compartírselos con los bienhechores?

¡Cuán indiscriminadamente ofrece su sombra el árbol a todos, jóvenes y viejos, buenos y malvados, altos y bajos, hombres y animales, incluso a quien se le acerca con intención de talarlo!

¡Cómo refresca la lluvia a todos sobre quienes cae, sin discriminar entre ellos!

Paradójicamente, el amor no es resultado de nada que nosotros podamos hacer, sino, antes bien, de algo que hemos de dejar de hacer.

¿De qué se trata? De dejar de ver a los hombres etiquetados como buenos y malos, como justos y pecadores, y empezar a verlos como inconscientes e ignorantes, como enfermos y maltrechos...

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."

¿Nos suenan familiares estas palabras?

Teniendo en cuenta la extracción familiar, el entorno social, su educación, su experiencia vital y todo el conjunto de sus antecedentes, seguramente esa persona que te crea conflictividad no puede comportarse de otra manera que como lo hace.

Ha alguien escuché una vez decir que "*comprender todo es perdonar todo*".

Si comprendes verdaderamente a esa persona, la considerarás deficiente, equivocada, mal dirigida, pero abandonarás tu actitud de censor, y podrás tratarla con amor...

Es muy probable que en poco tiempo esa persona responda del mismo modo que tú la tratas...

Y si así no fuera, habremos hecho lo que Dios espera de nosotros.

Habrás descubierto que "*amor*" y "*comprensión genuina*" sin sinónimos, y que son los elementos que Dios pone en nuestras manos para que con Él seamos *creadores* de mundos posibles.

Otra cualidad del amor como camino hacia la madurez espiritual es su gratuidad: El amor, como la rosa, como el sol, como el árbol y la lluvia, se dan sin pedir nada a cambio.

De nuevo sólo hay una cosa que dejar de hacer para adquirir la cualidad de la gratuidad que caracteriza al amor: *Abrir nuestros ojos y mirar* para percatarnos del camuflaje de nuestro egoísmo y codicia, y tomar la decisión de darnos, de entregarnos, sin esperar *contraprestaciones mercantilistas*.

Si esto se convierte en praxis, se manifestará espontáneamente otra característica del amor verdadero: La falta de *auto-consciencia*, es decir, de *espontaneidad*.

El amor disfruta tanto amando que llega a perder la consciencia de sí mismo.

La fragancia de la flor, la luz del sol, la sombra del árbol y la caída de la lluvia no se producen cuando alguien se acerca, sino que se dan tanto si hay quienes se aproximan como si no.

Así es el amor: Simplemente es, sin que se dé la necesidad de un objeto.

Por tanto, no tienen conciencia de poseer mérito alguno...

Su mano izquierda no sabe lo que hace su mano derecha...

Seguramente esto también nos suena familiar, ¿no es así?

Otro aspecto importante de destacar desde nuestra óptica del anhelo por la madurez espiritual: La cualidad del amor en su libertad.

En el momento en que entran en juego la coacción, el control, el conflicto, en ese momento muere el amor, o bien es substituido y reemplazado por algún sucedáneo, y hay muchos en el *mercado*.

La rosa, el sol, el árbol y la lluvia nos dejan completamente libres; no van a arrastrarse hasta nosotros para ofrecernos sus beneficios.

¡Qué diferente es lo que el mundo nos ofrece! Pensemos en toda la coacción y el control al que nos someten o nos sometemos voluntariamente para comprar el amor o la aprobación de los demás, o simplemente para no perder su amistad o favor, lo que nos fuerza a responder a sus expectativas.

En el camino hacia la madurez espiritual, tarde o temprano, descubrimos que la "libertad" no es nada más que otra palabra para referirnos al "amor" y la "amistad".

En la praxis de la verdadera espiritualidad, decía *Agustín de Hipona* (354-430) que *cuando descubrimos nuestras faltas, Dios las cubre con la sangre de su Hijo Jesucristo...*

Cuando el hombre esconde sus faltas, Dios las descubre...

Cuando el hombre reconoce sus faltas, Dios las olvida.

Decía el evangelista *Dwight Lyman Moody* (1837-1899) que *"Moisés pasó cuarenta años creyendo que era alguien, cuarenta años aprendiendo que no era nadie, y después pasó cuarenta años comprobando lo que Dios puede hacer con alguien que sabe que no es nadie."*

- 6) Jesús ha visto al hombre como alguien valioso, no como un mero instrumento, porque lo ha contemplado con ojos de amistad.

Y así como las riquezas externas no lo hacen grande, del mismo modo las actitudes externas no le hacen al hombre santo.

Por eso Jesús no quiso que las ceremonias ni los ritos fueran mayores que el hombre en su necesidad de amor, de cariño, de ternura, de amistad con Dios.

Por eso Jesús tocó a los intocables, comió con los de mala reputación, y percibió la presencia divina en el hombre, en esa "luz que alumbró a todo hombre", como dice el Evangelista Juan en el prólogo de su Evangelio.

Por eso es que para Jesús, quien da de comer al hambriento, le da de comer a Él; el que viste al desnudo, a Él cubre; el que ampara al desamparado, está amparando al Hijo del Hombre; el que visita al enfermo o al privado de libertad, está devolviendo la dignidad al marginado, al varón de dolores experimentado en quebranto.

Si creemos que nuestras ofrendas son un medio de aplacar la ira de Dios, estaremos engañándonos de parte a parte.

Nuestra religión será el máximo exponente de nuestro desconocimiento del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro que está en los Cielos.

Hacer del culto a Dios un juego puede dar satisfacción al hombre religioso, pero significará despreciar a la humanidad.

Hay desarrollo espiritual y crecimiento hacia la madurez cuando somos capaces de hacernos cargo voluntariamente de los sufrimientos de los demás.

La verdadera vida que el amor tiene en sí, recibe gloria a través de la renuncia a los apegos, a través de la aceptación del dolor, sin enorgullecernos por cargar nuestra cruz.

Para amar no hace falta vanagloriarse entre los humos del orgullo, ya que del amor mismo brota espontáneo un manantial de vida.

Cada día se presentan obstáculos que intentan quitar de en medio al Hijo del Hombre...

Religiosos que le insultan con sus delirios de poder...

Soberbios que en su orgullo se burlan de Él en los más debilitados...

Adoradores de la fuerza que lo desprecian teniéndole por débil y cobarde...

Y los crueles del mundo, considerándole cobijo de desvalidos y demás gentes sin valor en el mercado de las vanidades.

Y, sin embargo, la amistad de Jesucristo se asienta en lo más hondo del espíritu humano, tiene por ayudante al dolor, por compañero al servicio, y se entrega a quien se hace cargo de su prójimo, al que levanta al caído, al que sabe dar sin recibir nada a cambio...

Jesús lo ha mostrado en su parábola del samaritano que atiende al malherido al borde del camino, frente al levita y al sacerdote que pasan de largo con demasiada prisa como para reparar en el hermano maltratado...

Representan a quienes incluso en el caso de acercarse al desvalido, no se detienen a atenderle porque no es de los suyos.

Son quienes confunden a la persona con su documentación...

Son quienes reparan antes en la presencia o ausencia de algún sello de caucho, antes que en la mirada del otro.

7) Creceremos en espiritualidad y madurez si damos pasos hacia la liberación de Jesucristo.

Urge liberar a Jesucristo de las manos sectarias de los religiosos, de los *brahmanes del cristianismo*, a semejanza del sistema de castas hindú, después de cuya posición jerárquica vienen los guerreros, seguidos de los comerciantes, los artesanos y, finalmente, los siervos de la gleba, del terrón que se levanta con el arado.

En una habitación cerrada, donde ha quedado encendida durante toda la noche una chimenea o una lámpara de aceite, y muchas personas han dormido juntas, el aire tiene necesariamente que estar viciado.

Pero si se abren las ventanas para dejar que entre el aire fresco, el aire insano se dispersará.

Del mismo modo precisamos mantener nuestro espíritu abierto al soplo del Santo Espíritu de Dios.

Es sencillo contemplar la presencia de Dios en el universo, pero es más difícil reconocerla en el hombre, porque en el ser humano la revelación de la voluntad de Dios está inmersa en las pasiones humanas.

Y mientras no nazca el amor, la voluntad de la carne se opondrá a la Voluntad Suprema, y en esa oposición no podrá darse el crecimiento espiritual hacia la madurez.

En la pobreza el ser humano sufre, pero es del desamor de donde nace su infelicidad.

Las carencias físicas hacen sufrir al hombre en su plano animal, pero las heridas más profundas son las que verdaderamente provocan la infelicidad, ya que atacan nuestra dimensión humana.

Por eso es que la dimensión animal del ser humano cree que si gana mucho dinero podrá alejar el sufrimiento que le producen las carencias materiales.

Pero la parte espiritual del hombre nos dice que si renunciamos a algo, podremos ofrecer nuestra pequeña voluntad a la Voluntad Suprema, y quemando los apegos y deseos, los hará brillar en el amor.

El mayor tormento del ser humano es que nuestra grandeza está continuamente sitiada por nuestra pequeñez.

Esta es una definición de "pecado" que necesitamos recuperar, para comprender que nuestra impureza nos impide revelar en su totalidad la grandeza del ser creado a imagen y semejanza del Dios Eterno.

Jesucristo ha revelado al Dios que, por ser omnipotente, el que todo lo puede, es siempre débil en el perdón...

El Dios a quien su misericordia anula en la práctica su poder, como el mundo entiende el poder.

"*Misericordia*" que en el hebreo bíblico nos llega como "*rejamim*", voz cuyo significado original es "*vientre materno*"...

Ese es el Dios que no sólo perdona, sino que lo hace sin reproche para que los hombres puedan volver después de su arrepentimiento del pecado sin sentirse demasiado humillados...

El Dios que ama todo cuanto ha creado, que lo ve bueno y nos permite "*besar*" la Creación, porque en ella flota el amor de Dios...

El Dios a quien *le es más fácil el perdón que el castigo*: Evangelio según Juan 3:17.

El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro que está en los Cielos, es el Dios que ama como jamás nosotros seremos capaces de amarlo.

Conclusión:

Voy a concluir relatándoos una anécdota que me ocurrió en una congregación en la que compartí algunos de estos pensamientos acerca de la naturaleza de Dios revelada en la persona de Jesús de Nazaret.

Sin dejarme terminar, un joven se levantó y me dijo: "*Un Dios así lo aceptaría ahora mismo, porque sería mi amigo... Pero, ¿quién me asegura que es el verdadero Dios y no el Dios que usted se fabrica?*"

Mi respuesta fue la única que tengo: La seguridad que me da el testimonio de las Sagradas Escrituras y el testimonio del Espíritu Santo a mi propio espíritu:

"Que Dios se compadece de todos porque a todos ama, y en Jesús le vemos pedir al Padre que perdone incluso a quienes le están martirizando y asesinando de la manera más cruel... Que Dios puede perdonar porque todo es suyo, porque ama la vida, porque somos obra suya."

Después de estas consideraciones, ¿estamos seguros de querer crecer en la madurez espiritual?

¿No nos habrán hecho malentender el verdadero significado del crecimiento espiritual?

¿Estamos dispuestos a anhelarlo siendo conscientes de los pasos que hemos de dar?

Dios está en el corazón de toda esperanza verdadera; y la esperanza puede esconderse a veces, como las estrellas, pero nunca puede apagarse porque es el reflejo del sol, y nuestro Señor es el sol de nuestra justicia.

Por eso es que los amigos son como las estrellas, que aunque a veces no podamos verlas, sabemos que están ahí.

Podemos estar plenamente seguros de que la amistad es ya uno de los reflejos más claros de ese gran abrazo que estrechará a los hombres y mujeres entre sí y a Cristo Jesús con la humanidad en el misterio profundo y grandioso del amor de Dios.

La madurez espiritual no es un logro, sino una Gracia Divina.

La verdadera santidad, la que no se obtiene a base de técnicas, de esfuerzos, de represión, es absolutamente espontánea.

No vamos a darnos cuenta de que se está dando en nosotros...

Pero sí vamos a sentir que las ganas de juzgar se han debilitado o desaparecido...

Que los resentimientos se han ido desvaneciendo, siendo reemplazados por amor, compasión, misericordia, alegría, gozo y nuevas energías para las que muy probablemente no hallaremos nombres, por cuanto los nombres son etiquetas que nos sobran.

Gozaremos de la consciencia de que Dios no cierra sus ojos a nadie.

Si lo hiciera, no sería amor.

Si lo hiciera no sería Dios.

Por eso Dios se encuentra sobre todo donde calienta el amor, y allí es donde se produce el crecimiento, la auténtica maduración espiritual.

El Santo Espíritu de Dios nuestro Señor está de nuestra parte hacia la maduración espiritual.

La llama que arde dentro de todos nosotros, esa *"luz que alumbr a todo hombre"*, sólo precisa abrirse al soplo del Espíritu Santo para brillar y

resplandecer, para marcar el camino, para ayudar a otros en el recorrido de la vida...

Y mientras caminemos, tengamos presente que para lograr una joya, hay que tallar el diamante, porque él no se puede tallar a sí mismo.

El hombre y la mujer maduros espiritualmente siempre repartirán firmeza, y para estar iluminados, iluminarán a los demás.

Si, como dijeron los sabios antiguos de Israel, "*el copo de nieve nunca cae en el lugar equivocado*", podemos tener la certeza de que la simiente del Espíritu tampoco se equivocará en su siembra.
